

# **LAS (IN)VISIBLES DE PIZARRALES**



Al noroeste de la ciudad de Salamanca, compartiendo límites con los barrios San Bernardo, La Platina, Blanco y del Carmen, se ubica el barrio de Pizarrales, el segundo más poblado de la ciudad. A comienzos del siglo XX, vecinos y vecinas —en su mayor parte procedentes de pueblos de la provincia— comienzan a levantar sus casas aquí y allá, sin ninguna planificación urbanística, pero ayudándose siempre unos a otros, comenzando a definirse desde entonces la identidad comunitaria que sienten y viven. Los pizarraleños definen su barrio como humilde, de gente trabajadora y luchadora, y son el mejor ejemplo del fortalecimiento y arraigo social que les ha llevado al entorno intergeneracional y multicultural que ahora comparten. Este trabajo colectivo y comunitario continúa en nuestros días y persevera en su intención de conseguir un barrio libre de estereotipos y ejemplo de convivencia vecinal. Durante todo este proceso de construcción de tejido social, la participación de las mujeres ha sido decisiva. Ellas han sido y son artífices de dinámicas socioculturales de todo tipo en las que se asientan los cimientos de Pizarrales. Diecisiete de esas mujeres son las protagonistas de este libro en representación de otras muchas sin cuyo esfuerzo, tesón y valía el barrio no sería ese espacio de encuentro comunitario que es ahora.

# Créditos

## **Autoras/es:**

Auxí Gómez Mateos, Carla Redondo Casas, Daniel Lluch Gómez, Elizabeth Manjarrés Ramos, Julia Mateos Navarro, Lourdes Moro Gutiérrez, María Adoración Martínez Aranda, María José Martín Nuevo, María José Recio Iglesias, Mercedes Iglesias Sánchez, Miguel Borrego Bermejo, Olinda Castalla Benavides Avendaño, Pilar Gómez Mateos, Pilar Vicente Bustos, Roxana Sánchez Seijas, Soraya Iglesias Sánchez.

## **Editoras:**

Elizbeth Manjarrés Ramos  
Lourdes Moro Gutierrez

## **Correctora:**

Margarita Savchenkova

## **Comisarios del proyecto artístico:**

Vanessa Gallardo Fernández  
Juan Sebastián González Rodríguez

## **Maquetadora y diseñadora de cubierta y contracubierta:**

Raquel Arias Moratinos

## **Ilustradoras/es:**

Adrián Redondo, Álvaro Santamaría, Antonio Diu, Belén Smith, Carolina González, Cecilia Eguiburu, Celia Prados, Cristina Hispán, Eva María Chiscano, Jakón Martínez, Lucía García, Lucía Ruiz, María Patino, Sandra Freire, Sergio Barrio.

**Primera edición: mayo de 2024**

**ISBN: 978-84-09-61436-3**

**Depósito legal:** S 166-2024

Impreso en Nueva Graficesa  
Av. de la Aldehuela, 80, 37003  
Salamanca – España

La venta de la versión impresa y la reproducción del libro para fines comerciales están prohibidas. La versión en línea está disponible gratuitamente y se permite la reproducción total o parcial de los materiales aquí publicados siempre y cuando no sean alterados y se asignen los créditos correspondientes.

# **LAS (IN)VISIBLES DE PIZARRALES**

# ÍNDICE



1. Mirando a Pizarrales
2. 17 notas femeninas para una historia de Pizarrales
3. ¿Dónde están las (in)visibles de Pizarrales?
4. Historias

- 4.1. Señora Leandra.  
Leandra Benítez Miranda (1912-1999)
- 4.2. María la Canaria.  
Filomena María Emilia Hernández Estévez (1915-2008)
- 4.3. Tomasa.  
Tomasa Sánchez Ramos (1919-2007)
- 4.4. Las Monjas Seglares.  
María Ángeles Rodríguez Ruiz (1928-2024);  
María Rodríguez Treceño (1942);  
María Ángeles Linares Calle (1946)
- 4.5. Teodora.  
Teodora Peña Díaz (1929)
- 4.6. Señorita Teresa.  
Teresa Ustáriz Esuain (1930-2008)
- 4.7. Tina.  
Agustina Bermúdez Motos (1933-2013)
- 4.8. Señorita Maruja.  
María Ángela Seijas Aparicio (1934)
- 4.9. Manuela.  
Manuela Ramos San Hipólito (1936)
- 4.10. María José.  
María José Gil Sánchez (1946)
- 4.11. Concha.  
Concha Pérez García (1950)
- 4.12. Elvira.  
Elvira Molina Castro (1953)
- 4.13. Rosina.  
Rosa María Sánchez Luengo (1961-2021)
- 4.14. Olga.  
Olga Calvo García (1970)
- 4.15. Rosario.  
Rosario Bermúdez Iglesias (1994)

5. Escribe el relato de tu propia mujer (in)visible
6. Testimonios
7. Agradecimientos



# 120 AÑOS DE LAS MUJERES DE PIZARRALES

## Dedicatoria

A las primeras habitantes del barrio, que se instalaron sin tener terreno, casa, agua ni medios de ningún tipo;

A las esposas e hijas que trabajaron en los primeros merenderos;

A las que lucharon y ayudaron en la Guerra Civil y en la Posguerra;

A las vecinas que han cuidado de la salud física y espiritual del barrio;

A las madres de familias numerosas;

A las niñas que abandonaron el colegio para ayudar en casa;

A las adolescentes que formaron un hogar con sus escasos quince, dieciséis o diecisiete años; A las tenderas que vendían «al fiao»;

A las madres que pasaron a ser «el cabeza de familia», cuando el marido emigraba;

A las directoras, maestras, porteras, APAS y voluntarias en la educación de niño/as y adulto/as; A las donadoras de tiempo que han movilizado al barrio desde distintos grupos y asociaciones; A la solidaridad y ayuda entre vecinas, bandera de las pizarraleñas;

A tantas vecinas anónimas que pusieron semillas en las grietas;

A todas vosotras, las que estáis y las que estaréis, dedicamos este libro.

## **Mirando a Pizarrales**

## I. Hacer de un proyecto una comunidad

Era martes, y eran las siete: esperábamos sentadas en la larga mesa de la biblioteca popular de Pizarrales. Días después alguien nos aclaró qué es eso de popular. Popular significa que algunas zonas tienen menos derechos que otras, significa que las instituciones públicas encargadas del bienestar no miran hacia ciertos barrios, significa que el acceso a la cultura no es igual para todas las personas, significa injusticia. Las pizarralleñas lo saben y, a fuerza de resistir, también saben organizarse y pensar en colectivo. Por eso, como tantas otras veces lo han hecho, se organizaron y crearon su propia biblioteca, con donaciones y atendida por voluntarias. En Pizarrales, popular significa iniciativa y solidaridad.

La larga mesa de la biblioteca popular estaba llena: y era martes, y eran las siete. Nos habían invitado a participar en un proyecto para rescatar historias de mujeres, veníamos a trabajar, o solo a eso, creíamos. Después del primer encuentro, se fueron sumando muchos otros, cada vez más largos, más ruidosos, más íntimos, más cercanos. Eran tantas y tan admirables las historias de mujeres que iban surgiendo que era imposible escuchar sin conmoverse. Los relatos que emanaban estaban cargados de emociones y sentimientos, a veces, de rabia y tristeza — porque la exclusión social duele y ha dejado huellas en Pizarrales—, a veces, de alegría y orgullo —porque este barrio obrero ha sabido resistir y se ha hecho a sí mismo—. A ratos, la mesa rectangular de la biblioteca parecía achicarse de lo próximas que nos íbamos sintiendo. Había días en los que no queríamos marcharnos; el edificio cerraba sus puertas y seguíamos hablando en la calle, y ese no querer irnos iba siendo el síntoma evidente de que esto ya no era solo un proyecto.

Esta iniciativa ha sido mucho más que una recopilación de historias. Ha sido un proceso con el que hemos querido hacer visibles a mujeres ocultas, cuestionando lo que nos han dicho que es una vida digna de ser recordada. Y, más allá de eso, también hemos querido reivindicar la fuerza de lo colectivo actuando nosotras mismas como una colectividad, desde la horizontalidad y la igualdad, anteponiendo lo comunitario al individualismo. A lo largo de todo el proceso, hemos trabajado de forma plural, aportando todas, aprendiendo juntas, acompañándonos y cuidándonos. Y cómo iba a poder ser de otra manera si el propio contenido de este libro se apoya en la idea radical de que este mundo no podría existir sin la ayuda mutua, sin los cuidados, sin la cooperación y el trabajo comunal desinteresado.

En una época en la que el individualismo, la competencia y el sobresalir se imponen, donde la obsesión por destacar del resto se ha vuelto depredadora de la vida comunitaria, de los afectos y del buen vivir, apostamos en este libro por rescatar historias de mujeres que han hecho comunidad, que han fomentado el cuidado de la vida desde lo colectivo, desde el barrio, a pie de calle, al fresco y a la solana. Mujeres que, sin pretensiones de trascendencia, sin afán de ego trabajaron en y por Pizarrales para hacerlo un lugar más vivible y, en lo posible, feliz.

Trayectorias biográficas de personas que, desde una perspectiva androcéntrica, parecerían ordinarias; vidas que no se narrarían en los libros de grandes hazañas porque han sido desvalorizadas por asociarse al ámbito de lo femenino, pero que han sido igual de importantes para articular procesos de transformación social y para el cuidado y la sostenibilidad de la vida.

La historia hegemónica nos ha dicho qué vidas son dignas de figurar en los libros y cuáles no. Y suele coincidir que esas vidas que, según nos han enseñado, merecen ser recordadas tienen casi siempre la misma clase social, el mismo género, la misma religión, el mismo color de piel, las mismas capacidades. La historia excluye y sostiene la exclusión mediante la invisibilización y subestimación sistémica de algunos grupos. Por ello, con nuestra iniciativa hemos querido cuestionar el excesivo valor que se otorga a ciertas trayectorias vitales y el poco reconocimiento que se da a otras. ¿Por qué unas vidas merecen ser biografiadas y otras no?

Nuestro proyecto no está orientado a elaborar narrativas de mujeres que destacan por acceder a los espacios tradicionalmente ocupados por los hombres, hemos querido recuperar historias de mujeres que, desde sus propias esferas cotidianas, crearon redes de apoyos mutuos y contribuyeron a hacer de su entorno un lugar más digno, poniendo el cuidado de la vida en el centro. Mujeres que a la pobreza del barrio respondieron colectivamente, preparando ollas comunitarias, aportando lo que tenían y lo que no. Mujeres que aprendieron a leer y enseñaron a otras y otros a hacerlo. Mujeres que picaron el suelo para abrir la zanja que llevó el agua a Pizarrales. Mujeres que dieron fiado a las que no tenían para pagar. Mujeres que amamantaron a los hijos de otras cuando estas se iban al trabajo. Mujeres que cultivaron jardines, fundaron guarderías, atendieron partos, curaron enfermedades. Mujeres que soñaron cuando a ellas no se les estaba permitido. Mujeres que se movilizaron y reclamaron para sí y para su barrio mejores servicios. Mujeres que crearon talleres artísticos, asociaciones y bibliotecas populares. Mujeres solidarias y luchadoras. Y podríamos seguir en una larga letanía, enumerando las proezas de las pizarraleñas, pero para eso ya tenemos las historias de este libro.

Aunque este libro recoge quince historias, somos conscientes de que hay muchas más mujeres cuyas vidas también merecerían ser narradas en estas páginas. Todo proceso de visibilización es selectivo y encierra una paradoja, porque siempre que se visibiliza a un grupo, se deja por fuera a otros. Nos tomó varios días decidir qué historias incluiríamos en este proyecto, fue una de las fases más complejas del proceso y, tal vez, la que nos hace sentir menos satisfechas. Pero, por razones de tiempo, de recursos y de acceso a la información, solo pudimos elegir un número reducido de mujeres, con la esperanza de que, tras la lectura de este libro, cada persona piense en todas las mujeres que ha conocido y se anime a rendirles alguna forma de homenaje. Este libro, evidentemente, no agota la necesidad de seguir escribiendo y pensando sobre todas las personas que han sido borradas de la historia del barrio.

Confiamos en que este texto será solo el comienzo de un esfuerzo mayor por recuperar y visibilizar las contribuciones de todas las mujeres que han ayudado a construir y sostener el tejido social de Pizarrales.

Antes las puertas de las casas en Pizarrales estaban siempre abiertas. Nos lo dijo Marina, la primera vecina que entrevistamos para realizar este proyecto, nos lo dijo con nostalgia. Después nos lo volvió a decir un vecino, y después otro, y otra, y otros tantos más. Y la recurrencia de esta afirmación hace tangible lo obvio: hoy nuestras puertas están cerradas. La confianza y la solidaridad entre las personas de las ciudades ha sido remplazada por la disolución de los lazos sociales, por una mayor individualidad y aislamiento. Por eso, queremos agradecer a quienes —pese al individualismo y premura de estos tiempos— han confiado en este proyecto, en todas nosotras, y nos han abierto las puertas de sus vidas y de su intimidad para poder llevar a cabo esta iniciativa que ha movilizizado a más de medio centenar de personas.

Ninguna obra se realiza en soledad, nada de lo que ha hecho el ser humano lo ha hecho de forma individual, aunque a veces la autoría se atribuya en singular. Esta obra es el resultado de un trabajo en plural, es un tejido compuesto por muchas personas/voces/palabras/imágenes. Es un libro diverso y polifónico, no solo por la variedad de las biografías narradas, sino por la diversidad de personas que hemos participado en su elaboración, tanto en la parte de recolección de datos, como en la redacción, en la ilustración, en la organización y maquetación. Lo hemos realizado colectivamente, desde una horizontalidad absoluta, con la intención de (re)conocer, ampliar y multiplicar nuestras formas de mirar, de pensar y de expresarnos, apostando por la riqueza de las diferencias y de los saberes en femenino. En el camino hemos transitado de lo individual a lo plural, y es en esa apuesta por la pluralidad donde radica la fuerza política de este proyecto.

Cada libro tiene una intrahistoria, la de este libro comenzó en la larga mesa de la biblioteca popular de Pizarrales. La mesa es rectangular, pero con el tiempo, la intimidad y los afectos, nos hemos ido sintiendo cada vez más próximas, más cómplices, como una gran familia alrededor de una mesa camilla. Después de este año juntas, la mesa ya no es la misma, y nosotras tampoco.

## II. Apuntes metodológicos sobre nuestro proceso de trabajo

Nuestra inmersión en Pizarrales comienza una tarde de febrero de 2023 días después de haber aceptado colaborar en la propuesta de la Fundación ASPRODES para participar en una de las iniciativas que estaban llevando a cabo en diferentes barrios de la ciudad y cuyo objetivo principal es orientar e impulsar comunidades mejores para todas las personas. Esta propuesta, en la que ya estaba colaborando Fundación Plan B Educación Social, se articula alrededor de proyectos de comunidad y participación ciudadana a escala de barrio, con colaboración activa de personas con discapacidad intelectual, poniendo en valor la capacidad de contribución social que todas las personas tienen y promoviendo la inclusión activa y crítica de los vecinos y vecinas — en nuestro caso del barrio de Pizarrales— y su compromiso con la transformación y mejora de la comunidad. Nos unimos a esta propuesta que convertimos en un proyecto de aprendizaje-servicio financiado por el Servicio de Asuntos Sociales de la Universidad de Salamanca comenzando así nuestra implicación en — y con— la comunidad. Un barrio invisible para nosotras pero que rápidamente, gracias a todas las personas que forman parte de este proyecto, se ha convertido en visible.

Metodológicamente un proyecto de aprendizaje-servicio implica el diseño y desarrollo de una propuesta educativa que combina procesos de aprendizaje y de servicio a la comunidad. Los participantes son miembros de la colectividad que detectan en su entorno una necesidad real alrededor de la que se construye el proyecto. En nuestro caso, la necesidad social se puso de manifiesto por un grupo de vecinas conscientes de la invisibilidad que durante décadas ha sufrido la mujer en el barrio de Pizarrales. Consideraban necesario hacer visible esta situación con el objetivo de conseguir una comunidad igualitaria, con mayor visibilidad de la mujer, libre de estereotipos sociales y en la que todas las personas participen constructivamente. Este fue el punto de partida de nuestro proyecto «Las Invisibles de Pizarrales» cuyo objetivo principal es construir historias de vida de mujeres invisibles del barrio, que nos permitan definir el papel social representado por la mujer a lo largo de las últimas décadas, conocer el desarrollo social del barrio a través de la mirada de estas mujeres y detectar las posibles áreas en las que elaborar posteriormente otros proyectos de aprendizaje-servicio con los que continuar trabajando en el barrio.

El protagonismo del trabajo recae en las vecinas que se convierten en agentes activos en la transformación social del barrio aumentando sus capacidades de asumir responsabilidades en la comunidad e incrementando su sentimiento de identificación con el grupo, tejiendo relaciones entre vecinos y vecinas que fomenten la cohesión social.

Son estas mujeres quienes han ejecutado directamente el proyecto

— en colaboración con el resto de los participantes: profesoras, técnicos de las instituciones y estudiantes— convirtiéndose en las actrices principales tanto de la construcción de las historias de vida como de su redacción y difusión, además de que en algunos de los casos han sido sus propias experiencias de vida las que hemos recogido. Las personas que formamos el equipo técnico —profesoras de la Universidad de Salamanca, y técnicos de ASPRODES y Fundación Plan B Educación Social— nos hemos encargado de ofrecerles las herramientas metodológicas necesarias para poder implementar las dinámicas definidas en el proyecto y conseguir los objetivos planteados.

El plan de trabajo se ha desarrollado a lo largo de todos estos meses en la biblioteca del Centro Unamuno de Pizarrales en la que nos reunimos todas las semanas durante el curso 2022-23 y quincenalmente durante el presente curso. Comenzamos definiendo el problema que queríamos abordar, visibilizar mujeres pizarraleñas, por lo que inicialmente dedicamos varias reuniones a decidir el listado de mujeres sobre las que realizar las historias de vida. Una vez cerrada esta lista comenzamos a establecer los contactos con las que serían nuestras invisibles. Paralelamente trabajamos en los aspectos metodológicos que requiere realizar una historia de vida: establecimiento de los guiones temáticos, preguntas de las entrevistas y redacción del consentimiento informado, además de la definición de todos los aspectos técnicos necesarios para obtener un resultado uniforme.

Las participantes estábamos divididas en cuatro equipos, en cada uno de los cuales participaban varias vecinas, estudiantes y uno de los técnicos-profesoras para realizar labores de asesoramiento metodológico. A cada uno de los grupos se le asignaban unas invisibles. Aunque, para ser más operativos, en algunas etapas del proyecto hemos trabajado en equipos, todas las decisiones se han tomado siempre entre todas las participantes y siempre se han compartido los resultados del trabajo realizado por cada equipo.

Dedicamos varios meses a establecer los contactos —por teléfono, mail, preguntando en tiendas o abordando directamente en la calle a las vecinas y vecinos que podían aportarnos información— y a realizar las entrevistas. Todo este tiempo supuso un gran esfuerzo y mucho trabajo para todas, pues era complicado acordar fechas y horarios de todas las personas implicadas para hacer cada entrevista, pero la recompensa emocional y vivencial que recibíamos en cada una de las entrevistas que grabábamos superaba con creces los inconvenientes del proceso. Todas las entrevistas han sido emocionalmente significativas, la disponibilidad y el cariño que las personas entrevistadas nos han transmitido ha sido sobresaliente y nos han hecho sentir y vivir el Pizarrales de antes y el de ahora y nos han enseñado a querer a Pizarrales.

Una vez realizadas todas las entrevistas pasamos al análisis de contenido que realizamos a través de talleres metodológicos en los que en primer lugar establecimos las fichas técnicas que debíamos cumplimentar para cada una de las mujeres invisibles.

Una vez recopiladas todas las fichas comenzamos el proceso de

redacción de las historias de vida, las cuales fueron redactadas de forma individual y posteriormente leídas por equipos. Paralelamente, durante este tiempo establecimos contacto con profesores y estudiantes de Bellas Artes a quienes les solicitamos una ilustración que acompañara al texto de cada una de las invisibles, para componer el libro que tienen en sus manos.

Un proyecto sin final, que supone un punto y seguido con el que queremos continuar haciendo comunidad, creando espacios que amplíen la voz y el protagonismo de las vecinas y vecinos que nos han enseñado a querer a Pizarrales y extendiendo esas voces a otras pizarraleñas y pizarraleños con los que esperamos contar en futuros proyectos de crecimiento y compromiso social con la comunidad.

Lourdes Moro

Elíizabeth Manjarrés



**17 notas femeninas para una historia de Pizarrales**

Escribir de forma coherente sobre la historia de Pizarrales sin citar a sus mujeres es un ejercicio imposible, aunque paradójicamente se hace difícil porque el protagonismo siempre estuvo reservado a los hombres.

Hablar de la trayectoria seguida por las mujeres es complejo porque precisamente su labor siempre ha sido anónima, generosa, sutil e, incluso, mágica, sobre todo, en la que, para mí, es su contribución más importante en la vida del barrio, que no es otra que construir tejido social, manteniendo abiertas las redes de ayuda mutua y transmitiendo oralmente nuestra memoria colectiva.

No obstante, pese a la anterior dificultad, intentaremos pintar unos brochazos de un cuadro que, por fuerza, quedará inacabado, pero con proyectos como el que ahora se refleja en este libro, iremos paulatinamente dando sentido y relevancia a la impronta que las pizarraleñas dejaron en el devenir histórico del barrio.

### **De Villamayor a la Argentina pasando por Pizarrales**

En el otoño de 1904, Eleuterio terminó de construir el ventorro de la Duquesa, con lo que puso la primera piedra de un barrio que crecería a la sombra de ese figón.

Al llegar a Pizarrales, Eleuterio venía acompañado por Filomena, su mujer, suponemos que una campesina acostumbrada al trabajo duro y a la que no acobardaban las novedades. Filomena, pues, con todo merecimiento debe figurar como cofundadora del barrio.

Al año siguiente, en la madrugada del cuatro de octubre, su ventorro y sus ilusiones quedaron reducidos a cenizas y se vieron con una mano delante y otra detrás.

Pronto se convirtieron en emigrantes y durante veintitantos años acamparon junto al río de la Plata.

### **Primero de mayo**

Fue Marcelina quien convenció a José de que los cuatro hijos habidos en su matrimonio no tenían futuro en aquel apartado pueblo de los Arribes del Duero.

Se liaron la manta a la cabeza y en la nueva tierra prometida comenzaron a edificar un nuevo hogar. Marcelina se arremangó las sayas y, con sus manos agrietadas por el frío castellano, se dispuso a hacer adobes y a transportar pizarras, en tanto que su marido y los cuatro vecinos que entonces habitaban Pizarrales, levantaban solidariamente los muros de su raquítica morada.

Entre aquellas paredes improvisaron una tasca que Marcelina manejaba con mano maestra, ora sirviendo huevos con farinato, ora tortilla de patata, mientras José estaba empleado en la estación del ferrocarril.

Aquel ventorro se llamaba «Primero de Mayo», y su seña de identidad no ofrecía dudas.

### **Agua y conciencia de clase**

Cuando tenía nueve años, su madre la mandó a buscar agua a uno de los pozos particulares que existían en el barrio, donde la vendían a razón de cinco céntimos los dos cántaros.

La niña quiso ser niña, se entretuvo jugando a la rayuela y el cántaro vino a desaparecer.

Cuando volvió a casa, su madre le preguntó dónde estaba el agua que tenía que traer y la niña rompió a llorar porque se habían quedado sin cántaro, sin agua y sin céntimos.

La alpagata hizo acto de presencia y la chiquilla aprendió amargamente la lección.

Me lo contó la protagonista, Josefa, hace mucho tiempo.

## **Mil veces ciento, cien mil; mil veces mil, un millón**

El barrio creció y creció y en seguida llegó la primera escuela y, con ella, su primera maestra. Sofía era su nombre.

Era una joven brillante, recién nombrada y con ansias de comerse el mundo, pero pronto dio el salto a otra escuela de la ciudad y fue sustituida, primero por Rosario y después por Sara, quienes enseñaron a nuestras mujeres la lectoescritura, las cuatro reglas aritméticas y algunas nociones de costura y bordado, todo ello utilizando las últimas novedades pedagógicas que aquellas maestras habían aprendido en cursillos de formación.

Por esas fechas (1918), dieciocho analfabetas o semianalfabetas acudían asiduamente por la tarde a clases de adultas en la escuela de las Carmelitas dejando patente sus ansias de aprender y resarcíendose del tradicional abandono educativo que sufrían las mujeres.

## **Ama de cría**

«Ama de cría, leche fresca y primeriza, se ofrece para criar en casas de los padres. Informará, María González, en los Pizarrales».

Este anuncio todavía era frecuente verlo publicado en los periódicos españoles en el primer tercio del siglo XX.

Era una forma honrada como otra cualquiera de ganar un jornal por parte de las mujeres de las clases populares, porque todavía las mujeres eran educadas para casarse y cuidar hijos y no para tener trabajos de cierta cualificación.

A lo largo de la historia de nuestro barrio, muchas han sido y son trabajadoras en profesiones informales —sirvienta, planchadora, costurera, limpiadora...— ligadas a su género y a su clase, pero les han permitido sacar a los hijos adelante.

## Ciudadanas

Corrían los años treinta y soplaban aires de libertad.

El barrio a lo largo de los cinco años que duró la II República saludó con alegría la inauguración de dos nuevas escuelas y sonrió encantado con la instalación de unos lavaderos al lado de la iglesia vieja.

Sin embargo, el hecho más relevante de ese período sucedió el 2 de noviembre de 1933, cuando se celebraron elecciones legislativas y las mujeres pudieron votar por primera vez en España.

Aquel día, las mujeres de Pizarrales votaron masivamente las candidaturas de izquierda, contagiándose del fervor republicano de Clara Campoamor y llevando la contraria a aquellos que estaban en contra del voto femenino y a aquellas que, aun estando a favor (Victoria Kent), consideraban que no era el momento.

## Donde rompen las olas

Hay un lugar donde, en el verano de 1935, un grupo de mozaletas de Pizarrales se quedaron mudos y se les empañaron los ojos. Ese sitio es Santander, la ciudad donde conocieron el mar.

Con dos mil pesetas aportadas por el Ministerio de Instrucción Pública, Leonor Santos y Juan Manuel González (matrimonio y maestros del barrio), ansiosos por cambiar el mundo, organizaron una excursión y se plantaron en El Sardinero con once chicos y seis chicas de nuestro barrio.

Entre aquellas muchachas estaba una niña de once años llamada Teresa, hija de carpintero y ama de casa, que tuvo el verano más feliz de su vida, sin presentir que el verano siguiente sería el más triste, cuando desaparecieron a su padre.

## Sufrir y callar

Todos los martes María, junto con sus dos hijas pequeñas, iba a la cárcel a comunicar con su marido que permanecía preso desde hacía mucho tiempo. Otra de sus hijas, tenía dispensa para faltar varias horas a clase porque todos los días llevaba la comida a su padre y al marido de la maestra que también estaba recluido.

La Guerra Civil trajo sufrimiento y desesperación para todos, pero en especial para aquellas seis mujeres —María, Simona, Juliana, Cándida, María e Ignacia— que fueron encarceladas; para las madres y esposas cuyos familiares estaban presos lejos de Salamanca, ya sea en el Fuerte de San Cristóbal (Pamplona), en la prisión de Celanova (Orense) o en el Campo de Concentración de Medina de Rioseco (Valladolid); y para aquellas otras que sufrían por ver a sus hombres en el frente de batalla.

## Socorros Mutuos

A la salida de la Guerra Civil, la subsistencia se tornó difícil y varias fueron las fórmulas para intentar salir adelante.

Entre ellas, reverdeció la Sociedad de Socorros Mutuos, que tenía un grupo artístico cuyas actuaciones generaban un dinero escaso con el que pagar los medicamentos de los más necesitados o los gastos del sepelio de alguna persona fallecida. Ese cuadro lo dirigía magistralmente la señora Marcelina, una mujer, a decir de mi madre, muy inteligente y con mucha mano izquierda para llevar a buen puerto un recital de poesía o la puesta en escena de la obra «Dueña y señora», ya sea en una panera de Pizarrales o en el cercano pueblo de Villamayor.

## Tuberculosis

En los sombríos años cuarenta, un día invernal de otoño, con un cielo despejado y la ventana abierta de par en par, expiró Amelia, una mujer menuda, vitalista como pocas y con cuatro hijos en crianza que eran su auténtica preocupación.

Don Alfonso, tras unos meses de denodados esfuerzos, sólo pudo firmar su certificado de defunción: tuberculosis laríngea.

El certificado de no vida era más certero: pobreza, hambre... y tristeza.

## **Amor de Dios**

El día de nochebuena de 1944, seis religiosas del Amor de Dios llegaron a Pizarrales.

En una casita pequeña, cercana a la iglesia vieja, las Hermanas Guadalupe, Cruz, Matilde, Lucía, Pilar y Teresa, empezaron una labor asistencial que ha durado hasta el año 2017.

En esos años, muchas han sido las monjas que han pasado por el Hogar-Escuela, pero todas han cumplido con el objetivo de aliviar las penalidades de los desposeídos del barrio.

Poner inyecciones, enseñar a bordar, dar de comer al hambriento, alfabetizar a los que no sabían y otras muchas obras de misericordia han sido el legado imborrable de su paso por Pizarrales.

## **Vocación vs pobreza**

En el libro «Memorias de la pizarra», Teresa Pérez, maestra durante muchos años en el Colegio Rodríguez Aniceto, cuenta su trayectoria como maestra y viene a reconocer que su mayor orgullo es haber logrado que una niña, hija de albañil y boletera, allá a finales de los cincuenta, lograra terminar los estudios y hacerse médica.

María José era su nombre. Alta, corpulenta, voluntariosa, trabajadora, inasequible al desaliento, en fin, una flor dispuesta a germinar en un medio tan hostil como era Pizarrales, aprovechando la oportunidad que muchas no tuvieron.

## **Trabajadora invitada**

En 1952 se había terminado el racionamiento, pero España seguía siendo un país pobre y los salarios de hambre, no permitían llegar a fin de mes. Pronto se abrieron las puertas de Europa y nuestras gentes empezaron a cruzar los Pirineos, sin otro bagaje, que las ansias de trabajar y vivir dignamente.

Entre el contingente que marcha a Suiza, Francia o Alemania, hay muchos matrimonios, hay solteros y más de una mujer que huye del estigma que supone ser madre soltera en un país nacionalcatólico.

No diremos sus nombres, pero sí resaltaremos su múltiple desarraigo por mujer, iletrada, soltera, madre y gastarbeiter.

### **Mañana se fía, hoy no**

En muchos de los pequeños negocios del barrio existía un cartel que decía: sí fío, no cobro. Sin embargo, era una falsedad contrastada porque Carmen, Bene, Candi, Aurora, Rosa, Brigi, Juli y muchas más (mujeres todas ellas que regían los comercios de Pizarrales), fiaban a cuantas mujeres así lo demandaban, porque conocían y compartían las penurias y sinsabores de cada una de sus clientas.

Sabían de sobra que Pilar, Sole o Teresa estaban cargadas de hijos y el raquítico sueldo de sus maridos no permitía pagar todas las semanas el pescado, la fruta o los ultramarinos.

Gracias al «fiao» se pudo salir adelante. Gracias a la mutua confianza.

### **Tinajas rotas**

El 6 de octubre de 1963 quedó inaugurado el depósito de los Cañones, que llevaría el agua a los hogares pizarraleños.

Fueron los hombres del barrio, a base de pico y pala, quienes lograron públicamente semejan-te hazaña, pero fueron las mujeres del barrio quienes, anónimamente, como hormiguitas, sin saber ni cómo ni cuándo, ahorraron mil pesetas para que las tinajas, cántaros y aguaderas pasaran a mejor vida.

### **Al fresco y a la solana**

En las noches de estío, cuando el calor se hacía insoportable, las mujeres de nuestro barrio sacaban la silla de anea a la puerta de casa y pegaban la hebra hasta las tantas de la madrugada.

Allí estaban Inés, Sergia, Paca, Piedad, Satur o María, por poner un ejemplo cercano, deshaciendo entuertos, pidiendo favores, poniéndose al día, recibiendo consuelo, en definitiva, tejiendo una red social duradera para hacer más soportable la existencia.

Los lazos de vecindad han sido fundamentales en la vida del barrio, ya sea para crear identidad, facilitar el arraigo, sobrellevar las penurias o transmitir la memoria colectiva.

A la postre, la receta estaba servida con una silla, mucho verbo, una miaja de paciencia y un chorrito de tolerancia.

### **Democracia y asociacionismo**

La llegada de la democracia trajo para el barrio una mejora paulatina en todos los aspectos, mejora a la que han contribuido significativamente las distintas asociaciones que, con mayor o menor éxito, han existido en Pizarrales.

Esas agrupaciones han intentado, con métodos diversos y actividades variopintas, elevar el nivel cultural del barrio, mejorar su medio ambiente y recordar nuestra existencia a las Instituciones.

En esas entidades, muchas han sido las mujeres implicadas, incluso me atrevo a afirmar que ellas han sido la argamasa que las han mantenido en pie, porque no conviene olvidar que asociación es una palabra de género femenino y son ellas las que se encargan diariamente de demostrarlo.

Estas mujeres se agruparon en distintos colectivos tales como Munibar, Taller Artístico, Colectivo Valhondo, Asjupar, Cantoblanco, Luna de Abril, Hermandad del Silencio, Parroquia, Ampas, el Grupo Junior, Grupo Joven Pizarrales, Asjupi, Centro Juvenil Salesianos y otras asociaciones del barrio, algunas ya desaparecidas, en todas ellas sus mujeres han dado lo mejor de sí mismas para hacer una sociedad menos sexista, más igualitaria y más justa socialmente.

Miguel Borrego Bermejo

# ¿Dónde están las (in)visibles de Pizarrales?

La invisibilización del papel de las mujeres en la esfera pública se refleja en el urbanismo de nuestros barrios y es especialmente notoria en la escasez de calles, monumentos y espacios públicos con nombres de mujeres. Por ello, una de las actividades realizadas dentro de este proyecto fue la de ubicar en el mapa del barrio a nuestras invisibles, no solo para identificar los espacios en los que habitaron, trabajaron y lucharon estas mujeres, sino también para resaltar la importancia de cambiar la manera en que representamos, recordamos y nombramos el espacio público.

Cada uno de los puntos violeta en este mapa artístico de Pizarrales representa uno de los lugares donde vivió o trabajó una de nuestras mujeres invisibles.

Mapeo realizado por:

**María González Rincón**  
**Helena Sánchez Gómez**  
**Sheila García Cívicos**  
**Lorena Iglesias Pérez**  
**Alba Martín Cerezo**





# Historias Femeninas



Ilustrado por Antonio Diu Fonseca

# Señora Leandra

Leandra Benítez Miranda  
(1912- 1999)

«Era el ángel que nos protegía... Todo el mundo íbamos a la señora Leandra para que nos curara de nuestros males...», comentan sus vecinas aún con emoción. Y ese nombre se prolonga, dulce como su voz, entre las personas que aun la recuerdan. Partera, curandera, sanadora de cuerpo y alma: tal era la labor que realizó esta gran mujer y la gran fe que todos tenían en ella que, hasta el mismo don Alfonso, el médico del barrio, cuando no podía atender a todos sus pacientes, acudía a ella.

Quedó viuda muy joven y tuvo que sacar adelante a sus dos hijos ella sola. Trabajó en lo que pudo: vendiendo caramelos y castañas, como asistente de hogar, y como partera y curandera. Hasta sus ochenta y cuatro años trabajó incansablemente, y cuidando de la salud del barrio, pidiendo siempre sólo «la voluntad».

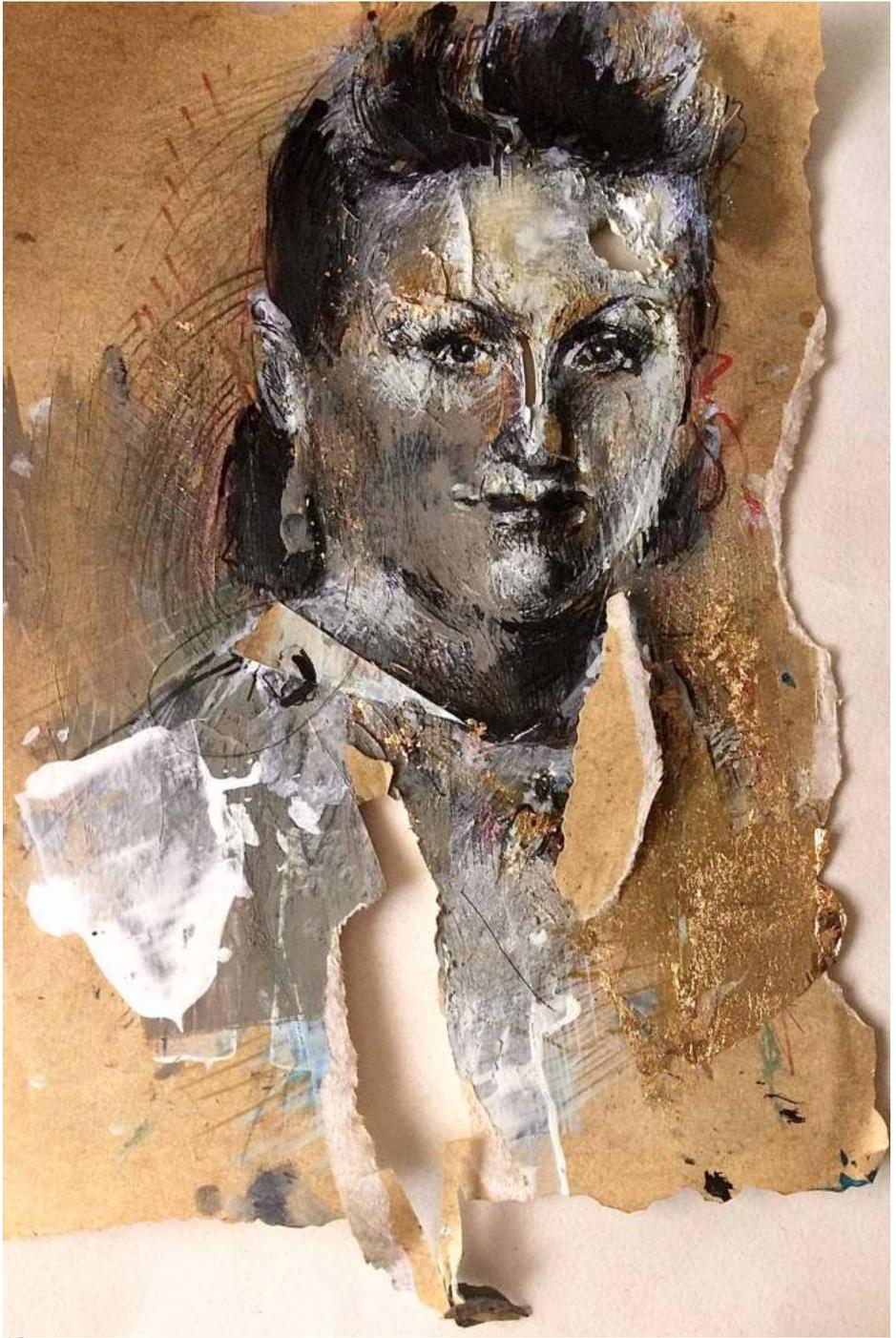
Nunca pudo estudiar, pero aprendió toda su sabiduría en las láminas y en los libros de medicina que tenía a su alcance, los cuales sabía interpretar con gran maestría, como nos cuenta su nieta Marina, a la que siempre quiso transmitir sus conocimientos.

Atendía en las casas de sus vecinos y en la suya propia, situada en la calle Rodríguez Hernández, curando empachos, esguinces y torceduras, dando masajes con aceite, poniendo vendas y también inyecciones, como aquellas que le ponía a Mercedes, quien con su fe de niña creía que se las ponía «sin aguja», porque no hacían daño.

Leandra tenía un don: el de sanar y el de traer a la vida. Gracias a este don, fue capaz de traer muchos niños al mundo, de atender el parto de su hija y de otra señora a la vez, de reanimar a una niña que el médico había dado por muerta y de evitar que la hija de Elvira, que venía con dos vueltas de cordón y una tela como de sebo por la cara, se asfixiara.

Querida y admirada por todos, por payos y gitanos, en la Plaza Baleares, al lado de donde vivió, sus vecinos quisieran quitar la estatua del Charro y ponerla a ella.

Roxana Sánchez Seijas



Ilustrado por Lucía García Sánchez

# María “La Canaria”

Filomena María Emilia Hernández Estévez

(1915 -2008)

Su nombre de pila era Filomena María Emilia, pero todo el mundo la conocía como María la Canaria, seguramente por su forma de vestir alegre y colorista y por su tez morena.

Mujer valiente, generosa, llena de vida y con conciencia de clase, una conciencia que nace de la pobreza que la envolvió desde el mismo momento en que nació en Mozárbez. Proveniente de una familia numerosa y pobre, tuvo que ir a pedir por las dehesas cercanas a su pueblo para poder llevar algo de comida caliente a su familia. No pudo ir a la escuela porque, como ella decía: «¡Huy! Era más el hambre que los libros».

Al cumplir los quince años, coge el tole y la media manta, y, con el permiso de sus padres, se marcha a trabajar a Canarias a fin de conseguir una vida mejor. Sin embargo, sus expectativas no se cumplen y acaba volviendo a Salamanca en 1933, donde se instala en casa de su hermana en Pizarrales.

Poco a poco va abriendo los ojos y se da cuenta de la miseria y las penurias que soportan los pizarraleños de a pie, tomando conciencia de que no todo el mundo tiene las mismas oportunidades: mientras unas limpian cocinas ajenas, otras pagan para que se las limpien.

Lentamente va fraguando una personalidad arrolladora, con una mirada limpia, curiosa e incisiva, compaginando su trabajo de sirvienta con su implicación en la vida del barrio. Tanto es así que se encontraba en todos los «fregaos». Lo mismo se la podía encontrar ataviada de blusa y caperuza encarnada encabezando una manifestación para mejorar las condiciones de vida de los obreros, que subida en el tejado de una casa que la Guardia Civil quería derribar por orden judicial o ayudando a alguna de las familias más necesitadas.

A pesar de las dificultades, ante sus ojos vivarachos e inquietos se abre un mundo por descubrir y una vida que vivir. De jovencita le gustaba mucho el baile y un jueves en el Salón Alhambra conoce al amor de su vida, Tasio. Su mundo cambia en ese instante, se enamoran y juntos compartirán toda una vida.

La vida transcurre feliz hasta que estalla la Guerra Civil. En diciembre vienen a buscarla a casa las fuerzas de seguridad alegando que es persona de significación izquierdista y miembro de la Liga de los Derechos del Hombre.

Dentro de la cárcel discute acaloradamente con otra reclusa y es acusada de «insultos de palabra a instituciones armadas». Esto la lleva ante un Consejo de Guerra, que la sentencia a seis meses y un día de prisión correccional. Al final, permanece en el presidio hasta marzo de 1938.

Cuando termina la guerra, soplan vientos con nubarrones negros que durarán muchísimos años. Son tiempos de racionamiento, miseria y hambre y es ahí donde María vuelve a demostrar su coraje, su fuerza y su garra, poniendo en marcha las ollas comunes entre los vecinos, donde cada uno aportaba lo que podía para hacer una comida, y así todo el mundo tenía algo caliente que llevarse a la boca.

La vida transcurría con dificultades y malos ratos, pero María, a su modo, fue feliz al lado de Tasio. Aunque no tuvieron hijos propios, criaron a siete en su corrala como si lo fueran, llenando así el vacío que la invadía al no haber podido ser madre.

Para María la vida no fue fácil, y como ella decía: «He pasado pocos momentos agradables, todo han sido penurias y privaciones, tal vez porque nunca me he callado ni debajo del agua, pero es el precio que uno tiene que pagar. Me hubiera gustado poder viajar y conocer mundo, pero la vida me ha venido así. Pero, a pesar de todo esto, he sido feliz al lado de Tasio».

Sin ser consciente de la labor que hizo, ella sigue siendo un ejemplo de mujer comprometida en la transformación del mundo, aunque fuera a pequeña escala.

Mercedes Iglesias Sánchez





# Tomasa

Tomasa Sánchez Ramos

(1919 - 2007)

Una madre y una niña esperan en la consulta de don Alfonso, el médico de cabecera del barrio. Un espacio enorme con sillas pegadas a las paredes de la sala.

La voz de una mujer a través del altavoz manda pasar a la niña y a la madre a la consulta. La niña entra un poco temerosa, lo observa todo. El sitio tiene poca luz, una mesa de despacho en el medio y está decorado austeramente.

Don Alfonso es un hombre grandote, va trajeado, es mofletudo, corto de vista, con unas gafas de culo de vaso con un punto en el medio, muy serio y con unas manos enormes. Sentada a su lado está Tomasa, su enfermera, una mujer seria también, con mucha presencia, guapa y elegante, poco maquillada, con unas manos bonitas y las uñas pintadas. Lleva una bata blanca, seguro que debajo lleva una ropa bonita. Solo se le ven las medias y unos buenos zapatos.

El médico le pregunta a la madre qué le pasa a la niña. «Tose mucho y le suena mucho el pecho», le responde. Don Alfonso decide auscultarla con el fonendoscopio y le pide a Tomasa que prepare el equipo de rayos X. Después de hacerle una radiografía el médico le receta antibióticos y un jarabe para la tos. La niña suspira aliviada, se ha librado de las inyecciones.

Años más tarde, siendo una jovencita, acude con su madre a una tienda de electrodomésticos en la carretera. Detrás del mostrador está Tomasa, la enfermera del médico. Sigue igual, parece que los años no pasan por ella, igual de elegante y bien arreglada, pero ya sin la bata blanca.

La madre saluda a Tomasa, hablan del tiempo y se preguntan por sus respectivas familias. Le pide un brasero eléctrico, la dependienta le aconseja un nuevo modelo, le aconseja bien, es muy profesional, eficiente y educada, pero sigue igual de seria, su presencia impone un poco.



La madre y la hija salen de la tienda satisfechas con la compra. La hija le comenta a la madre que la dependienta de la tienda es la enfermera de don Alfonso, el médico al que le gusta recetar inyecciones.

La madre le dice que sí y que ahí donde la ve es una mujer con una vida muy interesante, y le empieza a contar: «Se llama Tomasa y es del barrio de toda la vida. Bueno, de toda la vida no, se vino muy de pequeña con su madre y otros seis hermanos a Pizarrales. Venían de una finca, la mujer había enviudado y decidió venirse al barrio a vivir con sus hijos. Eran muy humildes, vivían del jabón que hacía la madre para luego venderlo en el estraperlo. Sacó a los niños adelante como pudo, con muchas penurias y esfuerzo. Tomasa es la segunda de seis hijos, y ya desde pequeña le llamaba la atención lo de la medicina. En cuanto pudo, le empezó a echar una mano a don Alfonso, y este le enseñó muchas cosas. Además de ayudar a traer a muchos niños de este barrio al mundo, también ejerció de comadrona bajo la supervisión del médico. Es soltera, y vive con una hermana y dos sobrinos, siempre ha vivido con ellos. Así que fíjate si tiene historia esta mujer».

La joven reflexiona sobre lo que acaba de oír y piensa que, en el fondo, —y a su manera— Tomasa fue una mujer adelantada a su tiempo.

Julia Mateos Navarro





Ilustrado por Álvaro Santamaría Vicente

# Las Monjas Seglares

María Ángeles Rodríguez Ruiz (1928-2024)

María Rodríguez Treceño (1942)

María Ángeles Linares Calle (1946)

Estamos en 1974, tres mujeres religiosas, comprometidas y reivindicativas se vienen a vivir a Pizarrales con el ánimo de ayudar en todo lo que puedan a este barrio con tantas necesidades.

Su primera inquietud es trabajar en la recuperación de toxicómanos. También van a participar activamente en todas las acciones que se lleven a cabo para ir cubriendo las enormes necesidades de Pizarrales.

Son profesionales activas: una trabajadora social, una enfermera y una maestra. Las tres son monjas. El barrio las acoge, y ellas se sienten integradas y cuidadas por las vecinas. Su labor es muy importante, ya que participan en diversas acciones reivindicativas tales como conseguir una guardería municipal, un comedor escolar, alumbrado público, un centro de salud y promover la formación para adultos. Además, impulsan la creación de la Asociación de Alcohólicos Anónimos y de un grupo de pastoral de la salud y acompañamiento de personas mayores.

Para mí, la siguiente anécdota refleja el carácter y el compromiso de estas mujeres: acogen a un chico recién liberado de prisión, hosco y agresivo. Su familia está harta y no se hace cargo de él. Para que pueda salir de la cárcel, debe tener un domicilio, así que ellas no dudan en instalarlo en su propia casa. Aunque tienen que ausentarse por un viaje, lo dejan solo bajo su techo. Esta confianza que ellas muestran hacia él, conmueve de tal manera al joven que, desde entonces las considera su familia, las visita y las quiere, al igual que ellas a él.

En su labor en el barrio destacan la unión, la solidaridad y el trabajo de las mujeres para ayudarse mutuamente y ayudar a conseguir que el barrio sea un poco mejor. Su trabajo con las mujeres ha sido muy importante: valorando su labor, dándoles formación y haciendo visibles situaciones de malos tratos y desprecio por parte de los maridos. Ellas las han empoderado, como decimos ahora, para ayudar a fortalecer su autoestima y colaborar en todas las reivindicaciones.

También destacan que en la actualidad ya no hay ese espíritu de lucha y solidaridad. Aunque, afortunadamente, el barrio ha conseguido un buen nivel de servicios, aún faltan recursos. Sin embargo, ya no hay ese carácter luchador, sobre todo, porque el barrio ha crecido mucho y se ha perdido ese sentimiento de pertenencia a Pizarrales. No obstante, ellas siguen animando a los vecinos y vecinas a que «se enganchen y tomen el relevo».

Pilar Gómez Mateos



Ilustrado por Carolina González Herrero

# Teodora

Teodora Peña Díaz

(1929)

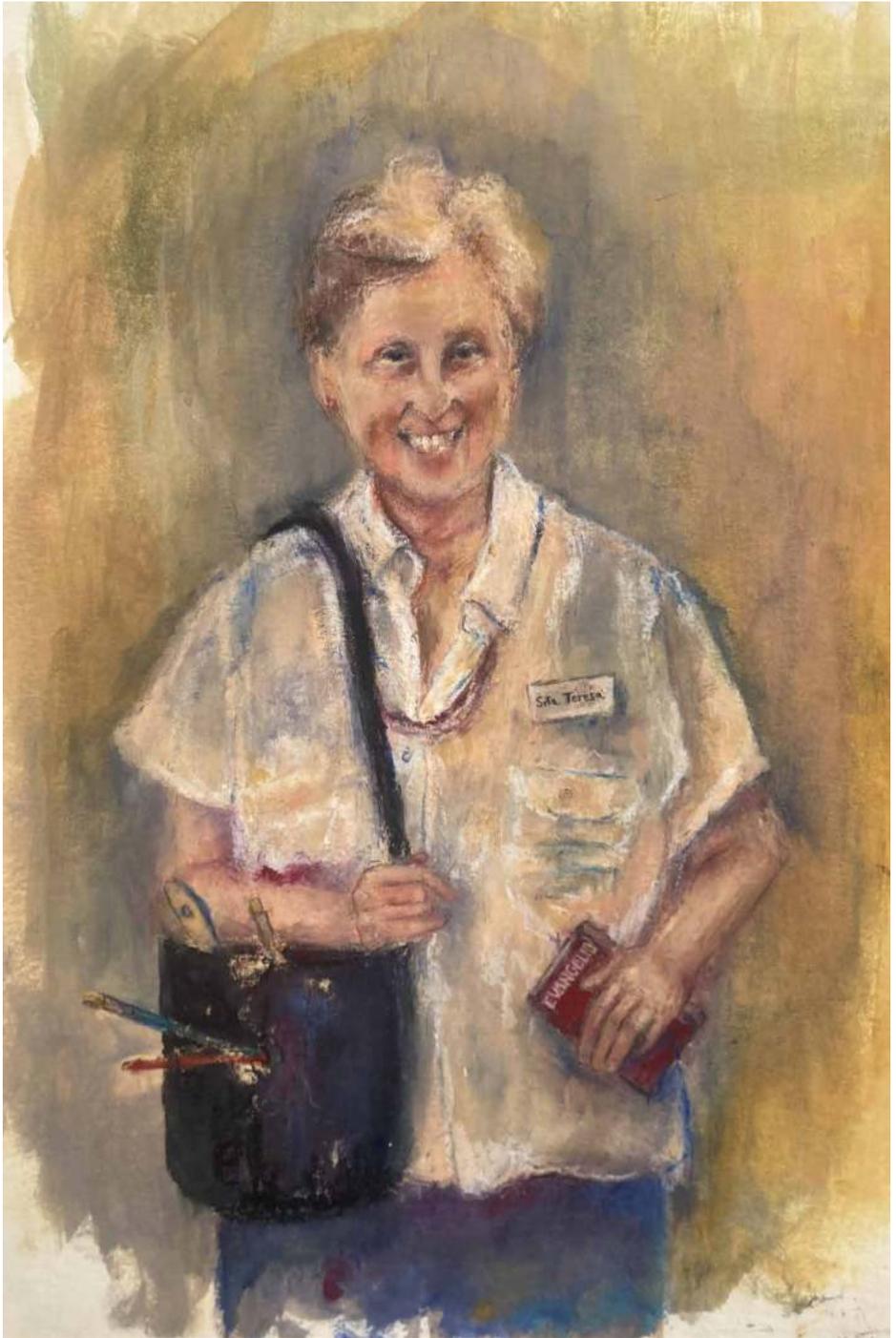
Hace más de ochenta años, durante la posguerra, Teodora llegó al barrio de Pizarrales con su madre y su padre. Allí, sobre un solar de casas humildes y envejecidas que derribaron, construyeron su nuevo hogar, una casa de planta baja con un patio amplio donde criaban cerdos, tenían una huerta y una pista de baile. Aunque no pasaron hambre, en su hogar el trabajo era constante y nadie estaba de brazos cruzados. Desde temprana edad, ella, junto con sus hermanas y hermanos, comenzó a trabajar en los negocios familiares.

La familia tenía un bar, regentado por Teodora y sus hermanas. Tener un bar en Pizarrales en aquellos tiempos no era fácil. En el barrio no había suministro de agua, así que había que ir a buscarla a los caños cercanos. Teodora recuerda estar en compañía de sus hermanas, día tras día, acarreado agua para el bar, acarreado agua para la familia, acarreado agua para los animales, acarreado agua para la huerta. Acarrear agua una y otra vez. Acarrear agua a todas horas. Y, cuando no estaban acarreado agua, Teodora y sus hermanas estaban detrás del mostrador atendiendo a la clientela del bar.

El patio de su casa era también una pista de baile y un lugar de encuentro del barrio. Allí se reunían vecinas y vecinos de Pizarrales a bailar, animados por las melodías que el padre de Teodora y sus hermanos tocaban. A Teodora le gustaba cantar y lo hacía muy bien, a ella le habría gustado ser cantante, incluso un conocido quiso ayudarla para que lo hiciera profesionalmente, pero tuvo que rechazar la oportunidad porque en aquella época no estaba bien visto que las mujeres fueran tan independientes.

Así que no cantó y siguió trabajando en el bar familiar. El día a día en el bar era difícil, pues, además del esfuerzo que suponía llevar este negocio, Teodora y sus hermanas tenían que hacer frente a comentarios, pretensiones e insinuaciones constantes de algunos clientes «sinvergüenzas» que las incordiaban solo por ser mujeres jóvenes y trabajadoras. Sin embargo, Teodora recuerda su juventud con alegría y nostalgia.

Después de casarse, se fue de Pizarrales con su marido, pero en la primera oportunidad que tuvieron de volver no se lo pensaron dos veces. A lo largo de su vida, Teodora ha visto muchos cambios en el barrio y en la sociedad. Ahora vive en un piso con su esposo, quedan pocas casas de planta baja en Pizarrales y ya no hay ninguna con pista de baile, pero, por fortuna, hoy el agua corre fresca por los grifos y a las mujeres, a veces, nos dejan ser independientes y cantar.



Ilustrado por Cecilia Eguiburu Nava

# Señorita Teresa

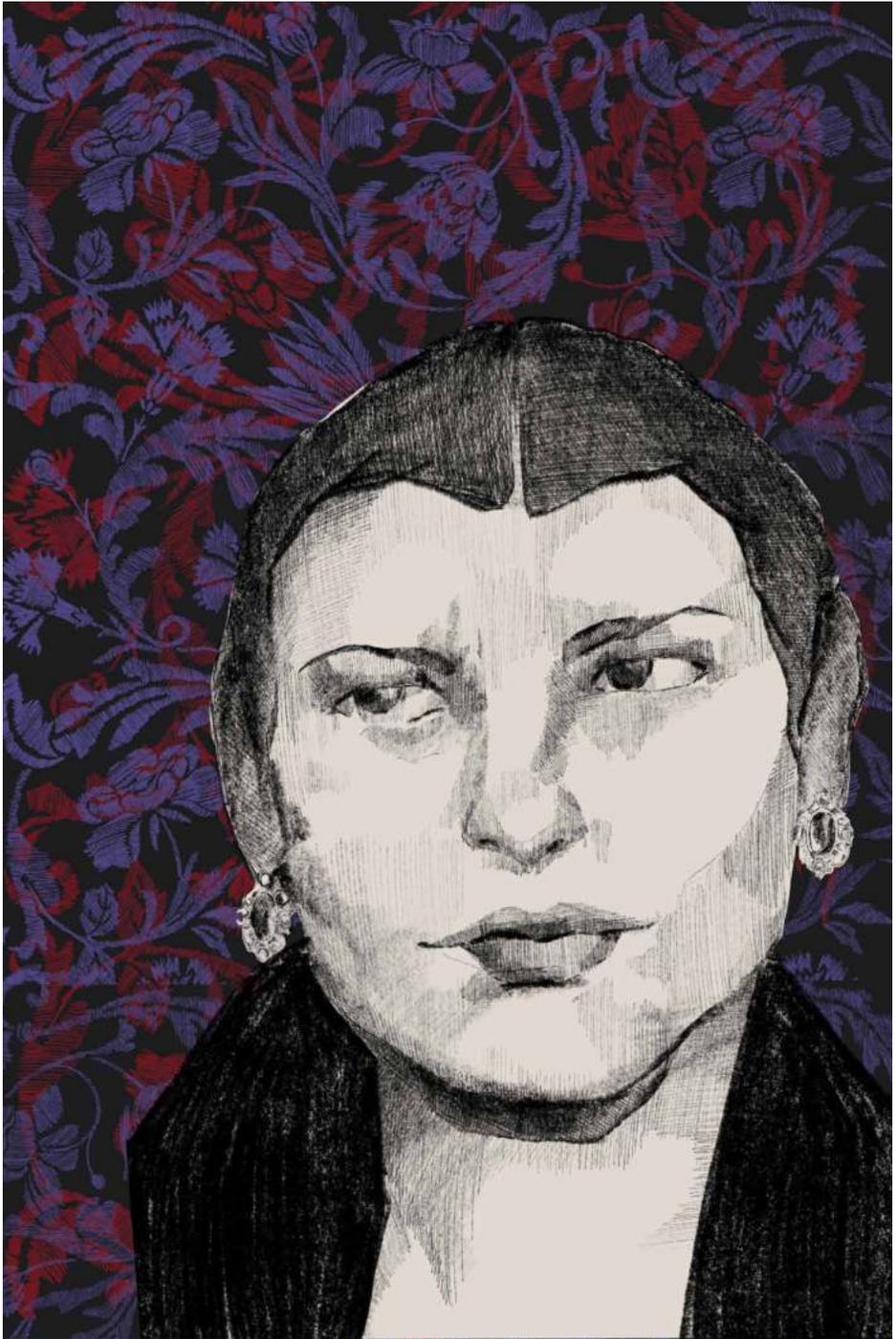
Teresa Ustáriz Esuain

(1930 - 2008)

Nacida en Fuenterrabía en 1930, esta artista plástica y educadora vasca llegó a Salamanca en las postrimerías del franquismo. Fue en el Colegio Mixto de Pizarrales donde Teresa desempeñó su labor como maestra de Bellas Artes y donde destacó por su extraordinario compromiso con los niños y niñas del barrio, a quienes enseñó a hacer del arte un espacio de libertad y a ver maravillas donde antes no las veían. Su modelo pedagógico resultó revolucionario, pues introdujo aspectos curriculares con un carácter socioeducativo integral enfocados no solo en el arte y en el aprendizaje técnico-artístico sino también en el ejercicio de la vida misma. Además, involucraba activamente a las madres y abuelas del barrio, creando así una comunidad educativa que funcionaba como una familia amplia y colaborativa, donde la ayuda mutua era la premisa central.

Por aquel entonces, Pizarrales era un barrio suburbano, emergente y precarizado, lugar de asentamiento para quienes llegaban del campo en pleno apogeo del éxodo rural español. Comprometida con la causa de los más pobres, Teresa veía una notable similitud entre el socialismo y el pensamiento cristiano de los Evangelios. Este compromiso, unido a su vocación docente y artística, la llevó a fomentar la realización de trabajos artísticos a partir del reciclaje de diversos materiales como papeles, latas, tapones, cáscaras de fruta, cemento, hierro y madera. Así fue como logró despertar la creatividad en sus alumnos con muy pocos recursos, pero mucha imaginación, a la vez que motivaba la participación y el activismo social de las mujeres en el desarrollo cultural y educativo de sus hijos e hijas. A través de la enseñanza del «arte povera», Teresa impulsó un movimiento orientado a rescatar y revalorizar la producción artesanal en las aulas, y a hacer del arte un espacio accesible para todos. Su compromiso docente y su manera de enseñar influyeron en otros maestros, quienes reconocieron en Teresa, caracterizada por llevar siempre un viejo bolso negro con agujeros, y repleto de pinceles y acuarelas, el más puro ejemplo de solidaridad, austeridad, devoción, sacrificio y superación. Valores que, actualmente, son parte de la identidad de Pizarrales.

Además de su faceta como maestra, Teresa fue una prodigiosa e incansable pintora. Se formó en la Escuela de Bellas Artes de San Jorge, en la ciudad de Barcelona y a lo largo de toda su vida, especialmente tras su jubilación, realizó numerosos dibujos, óleos, acuarelas y murales. Sus obras se encuentran dispersas entre sus estudiantes, el Colegio Mixto de Pizarrales y la comunidad, y muchas de ellas han sido expuestas en diversos lugares y ocasiones. Fallecida en el 2008 y enterrada en Fuenterrabía, su ciudad natal, Teresa sigue siendo recordada y muy querida, y su espíritu, inmortal, pervive en el corazón de quienes tuvieron la suerte de conocerla.



Ilustrado por Lucía Ruiz Dimas

# Tina

Agustina Bermúdez Motos  
(1933- 2013)

Agustina Bermúdez Motos, conocida como Tina la Gitana, nació en Ciudad Rodrigo (Salamanca) en 1933. Con dieciséis o diecisiete años se casó y se mudó a Salamanca. Primero vivió en el barrio de San Vicente y en 1953 llegó a Pizarrales donde ya vivían sus suegros, con lo que la familia lleva en el barrio más de ochenta años. En Pizarrales vivieron en la calle de La Luz, en lo que llamaban los corrales, un tipo de construcción que tenía una entrada única y albergaba dentro varias casas pequeñitas. Vivían con la abuela y cuando esta murió les dio pena y cada familia se mudó a una calle del barrio distinta. Ellos se fueron a la calle Juan Miguel.

Tina tuvo seis hijos varones y, según dice su hijo Juan Manuel «esa fue la ruina de mi madre, y no solo de mi madre, si no de muchas madres, el no tener hijas».

Su trabajo era difícil, se ganaba la vida con su marido, iban a los pueblos a vender por las casas con unos bolsones enormes llenos de sábanas, manteles y pijamas. El lema de Tina era «yo te doy ropa porque lo necesitas para los niños y tú me lo vas pagando como puedas». Ese era el trato y por un lado y por otro se cumplía con honestidad y buena relación.

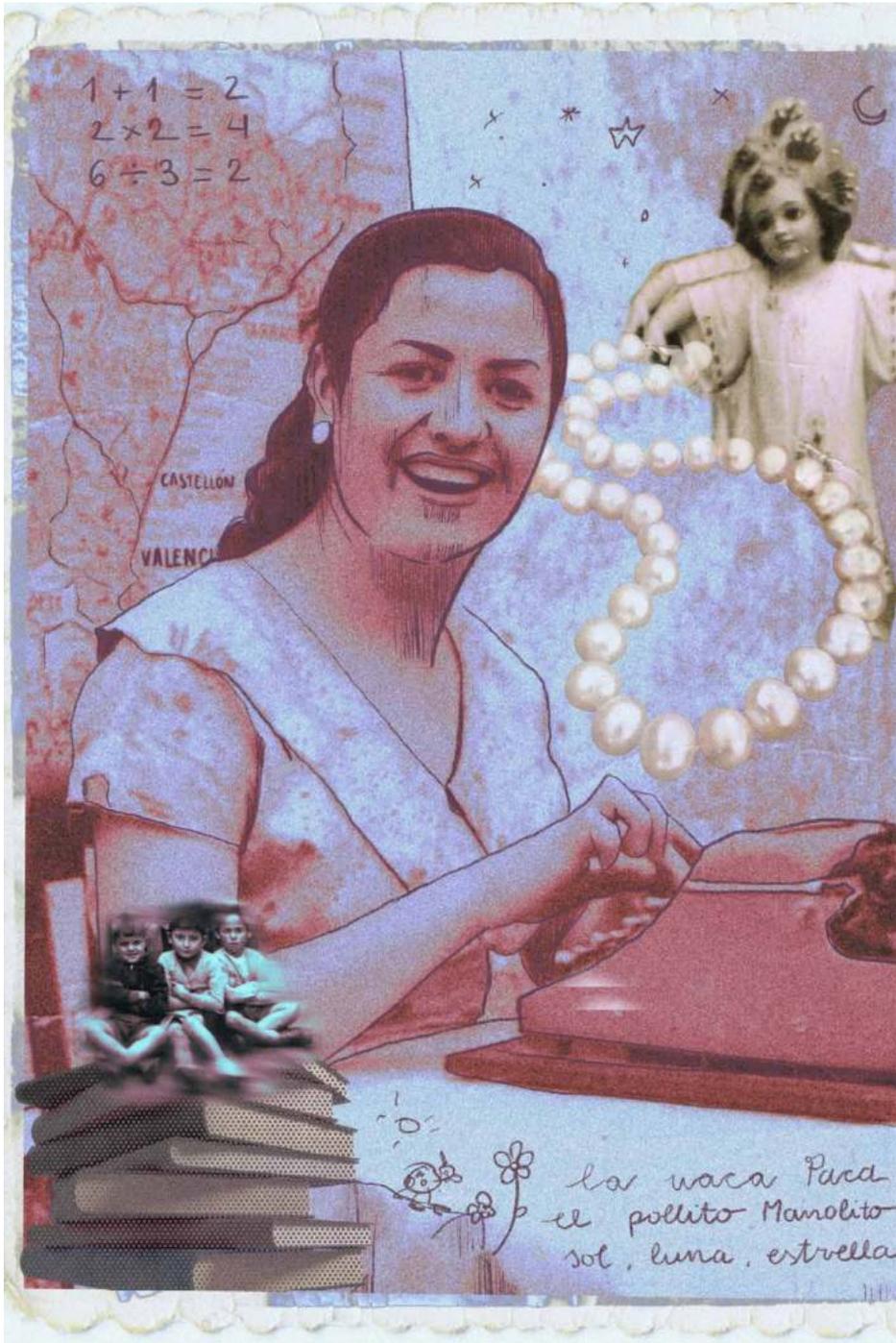
Por su trato solidario y honrado eran una familia más en el barrio, no había ni gitanos ni payos. Tina no consintió en su familia el reñir «con ruina, nunca hemos tenido un puente p'allá» recuerda con orgullo su hijo.

Como el resto de mujeres, con hijos a su cargo, no se arreglaba mucho, pero vestía bien. Físicamente su nieta la recuerda como una mujer muy guapa y con su moño.

Tina murió en el 2013, con ochenta años y, afortunadamente, disfrutando de condiciones sociales y económicas más dignas.

Después de haber vivido sesenta años en Pizarrales y haber destacado por buen trato, mucho trabajo, solidaridad entre vecinas y fuerza, Tina, tienes que dejar huella. No eres invisible, eres «Tina la Gitana» y eso es tener nombre en nuestro barrio.

Auxi Gómez Mateos



Ilustrado por Cristina Hispán Fuentes

# Señorita Maruja

María Ángela Seijas Aparicio

(1934-1999)

En la primavera de 1934 nació María Ángela Seijas Aparicio, conocida en el barrio de Pizarrales como la Señorita Maruja. Una mujer que creó en su casa una «Escuela de los Cagones», donde cuidaba y enseñaba a niños y niñas del barrio.

Son muchas las personas que la recuerdan como una mujer con una vocación muy fuerte por lo que hacía, culta, generosa, y con su característico pelo rizado y esa amplia sonrisa que siempre tenía. Su sensibilidad y su humildad la convirtieron en una persona tan querida en el barrio, tanto por los niños y las niñas que cuidaba como por sus familias, que todavía, a día de hoy, piensan en ella con mucho cariño.

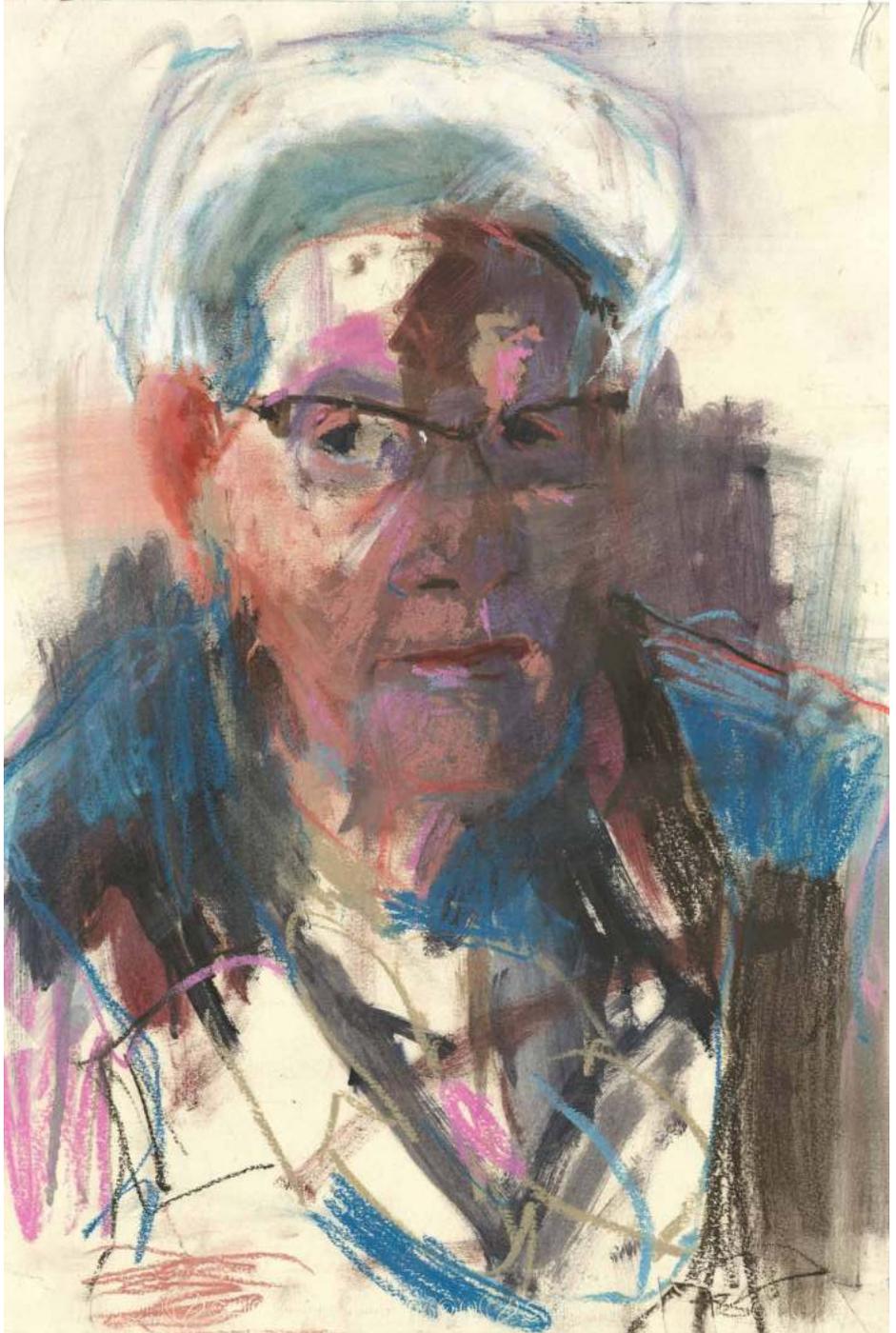
Aunque en aquella época la educación no era obligatoria, muchas personas del barrio, a pesar de sus limitaciones económicas, pagaban para que sus hijas e hijos fueran a estudiar en la escuela de la Señorita Maruja, ya que no era simplemente una guardería, como recuerdan sus antiguas alumnas, allí «ibas a aprender». Maruja enseñaba a leer, a escribir y a hacer cuentas; su escuela era tan concurrida que en ocasiones cuidaba simultáneamente a más de ochenta niños.

Resulta admirable su capacidad para gestionar la escuela, y ser capaz de cuidar y enseñar a tantos niños y niñas de diferentes edades. Aunque su madre a veces la ayudaba, la mayor parte del tiempo la Señorita Maruja estaba sola a cargo de toda la escuela.

Una anécdota que recuerdan sus alumnas, y que quizás ejemplifica su sensibilidad pedagógica, es que cuando en otras escuelas había niños a los que consideraban «imposibles», los enviaban a la escuela de la Señorita Maruja. Ella, en su escuela, con paciencia y ternura, lograba ayudarlos.

Además de enseñar, a Maruja le apasionaba aprender. Se formó de manera autodidacta a través de los libros que había en su casa. Por cuenta propia y con mucha disciplina, aprendió a sacar raíces cuadradas, estudió trigonometría, literatura, álgebra y geografía. Era una lectora incansable, curiosa y trabajadora. Sin duda, era una mujer culta, además de muy querida y admirada en el barrio.

Carla Redondo Casas



Ilustrado por María Patino Corredera

# Señora Manuela

Manuela Ramos San Hipólito

(1936)

Es muy difícil contar, en no muchas palabras, la vida de la señora Manuela, una de nuestras mujeres invisibles. Ha ayudado a sus vecinos y de muchas formas, muchísimas.

Cuando se casó con Dese, empezó a vivir en la calle Mediterráneo donde sigue residiendo actualmente. Antes de casarse, desde los ocho años, estuvo viviendo en distintas zonas del barrio, hasta que sus padres construyeron una casa en la zona de «los cañones» y en la que también ella colaboró. Trabajó de múltiples formas y desde bien pequeña: ayudando en el campo a segar, de niñera, recogiendo todo tipo de cosas —carbonilla desde Tejares, huesos, trapos...—, en un horno, de cocinera y hasta de pescadera —trabajos todos sin dar de alta en la Seguridad Social y por tanto no reconocidos para una posterior pensión, como tantas y tantas mujeres que solo tienen la pensión de viudedad—. Pudo ahorrar, a pesar de todo, cuatrocientas pesetas en los años 50 y con ellas se atrevió a abrir una cuenta en el banco a su nombre —algo insólito en aquella época porque era solo un derecho de los hombres—, aunque después la compartió y puso a nombre también de su marido.

Desde su matrimonio, aunque no era del todo del agrado de su marido, se convirtió en una de tantas mujeres invisibles implicadas por el barrio y por su vecindad. Aportó su granito de arena ayudando a las vecinas en lo que necesitaran, llegando incluso a amamantar a alguno de sus hijos cuando la única leche asequible era la materna —tiene algún «hijo de leche»—, amortajaba a los fallecidos en sus propias casas, y ayudaba, siempre sin cobrar nada, a colocar huesos, dar masajes, e incluso a conjurar verrugas —hacía las veces de curandera vecinal—.

Tuvo cuatro hijos y, aunque estuvo casada hasta que hace dieciocho años enviudó, se puede decir que la crianza de los cuatro estuvo bajo su responsabilidad: salud, educación, alimentación, vestimenta... como casi todas las mujeres. Como ella no tuvo la oportunidad de poder ir a la escuela —aprendió por sí misma a leer, a mal escribir, y de cuentas... no la engaña nadie—, sin embargo tenía muy claro que sus hijos debían estar bien preparados y que hicieran carrera, y así dedicó todo su empeño. Les insistió mucho en que fueran buenas personas, que no faltaran nunca al respeto a nadie, que fueran educados, responsables y, sobre todo, que ayudaran a los demás: su mayor felicidad.

Además de todo lo expuesto, esta extraordinaria invisible, representante de tantas y tantas mujeres de su época, destacó por su faceta reivindicativa, defendiendo y buscando los derechos de los vecinos y vecinas de Pizarrales dondequiera que fuera necesario y de cualquier forma posible: participando en manifestaciones, acudiendo con insistencia al ayuntamiento, a la radio o donde fuera para exponer sus reclamos por el bien del barrio. Una de esas demandas que más exigieron, y que finalmente consiguieron, fue la llegada del agua a Pizarrales y El Carmen. Precisamente para que cada vecino de este barrio tuviera acceso al agua, tenían que picar en la calle y como su marido no podía hacerlo, porque estaba trabajando en obras, ella misma tuvo la iniciativa, como única mujer, de picar a pico y pala, e incluso llevando cubos de arena.

Como vemos, Manuela fue una mujer decidida y luchadora en toda regla. Como nos dijo su vecina Chelo: «si ella cree que tiene razón, peleona, hasta que no le demuestren lo contrario»

María José Recio Iglesias





Ilustrado por Eva María Chiscano Sánchez

# María José

María José Gil Sánchez  
(1946)

Cuando ves por primera vez a María José, puedes obtener una impresión equivocada de ella, ya que parece una persona seria, adusta y temperamental, pero nada más lejos de la realidad. En las distancias cortas, y después de oírla hablar, la percepción es diferente.

Es una mujer que sabe escuchar y dispuesta a ayudar a quien tiene delante, porque es generosa y empatiza con la gente. Es trabajadora y con las ideas muy claras respecto a lo que quiere y lo defiende con uñas y dientes.

En los años sesenta, siendo todavía estudiante, subió a Pizarrales y empezó a arrimar el hombro para enseñar a leer y a escribir a muchas personas analfabetas que no habían tenido oportunidad de aprender. Era consciente de que la cultura es fundamental para que los barrios, como Pizarrales, salieran de la marginalidad.

En esa línea de tratar de cambiar las cosas, siendo profesora de la Filial-Mixto-Pizarrales luchó para que los niños de este barrio pudieran estudiar. Se propuso darles alas para volar donde y como quisieran, sin perder de vista sus orígenes.

Está orgullosa de haber sido durante muchos años la directora del primer colegio mixto de esta ciudad, al que ella y otros profesores le aportaron un tinte progresista e integrador. Un colegio que fomentaba la colaboración con los padres y los alumnos, un colegio que se convirtió en «una familia».

Cuando habla del cole y del barrio, se le ilumina la cara y se muestra contenta de pertenecer a este barrio en el que ha vivido períodos muy felices.

Como mujer que es, sabe que las mujeres en general, y las de Pizarrales en particular, siempre han sido un poco invisibles. Sin embargo, constata que las mujeres han sido quienes han sacado adelante a sus familias, trabajando de sol a sol, trabajando fuera de casa, cuidando a sus hijos y ocupándose de la economía. Termina afirmando que han sido imprescindibles en esta sociedad, aportando gotitas de agua en el mar inmenso de Pizarrales para su desarrollo.

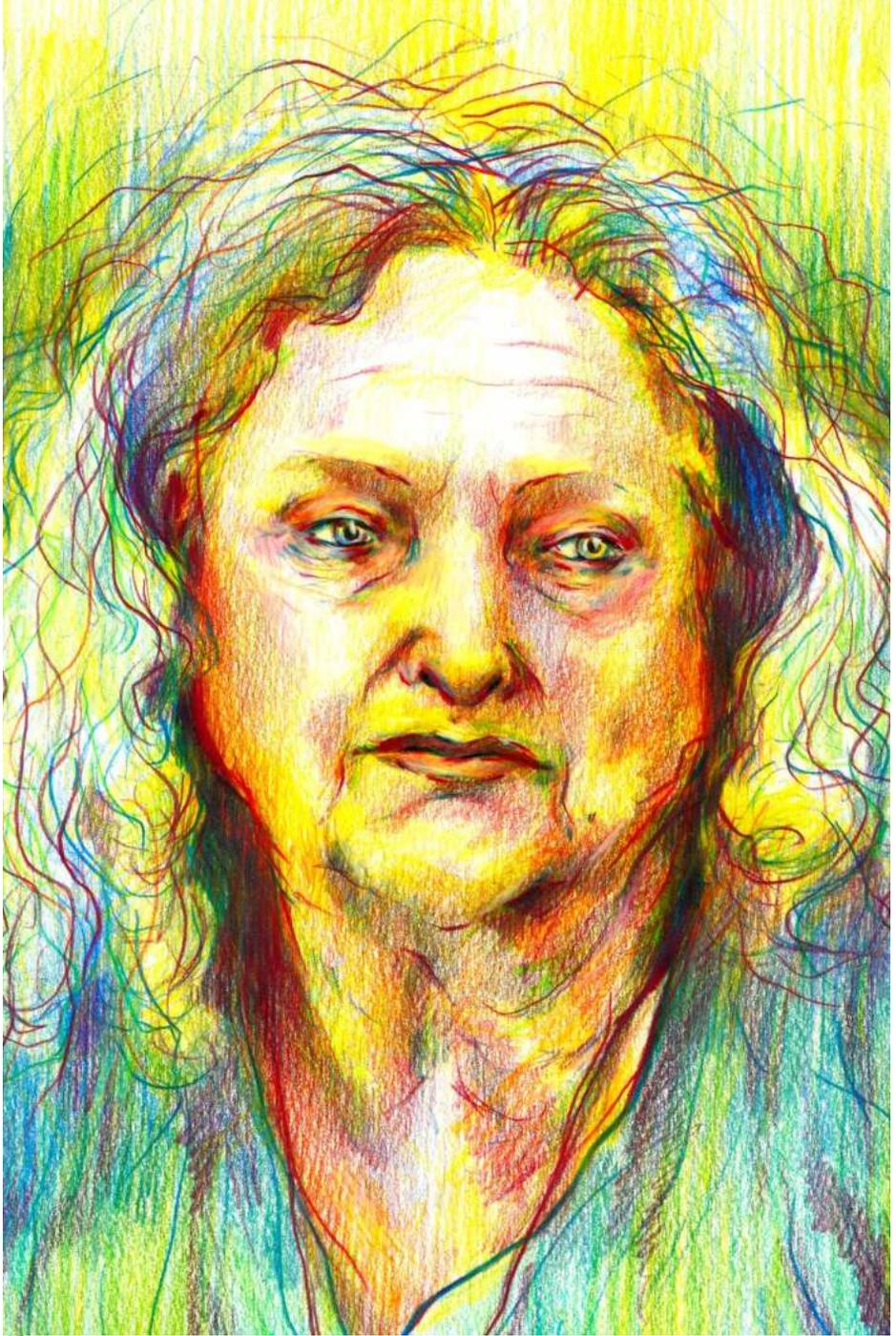
Es una persona sensata, y le parece muy importante tener conciencia de dónde vienes y por qué hay que luchar. Ella nunca se rinde con aquello que le importa.

María José es buena persona, con vocación de maestra, luchadora, afable, colaboradora, trabajando en defensa de la justicia social.

Es un placer escucharla porque tiene mucho que contar, y te lo cuenta de tal manera que estarías mucho tiempo compartiendo tertulia con ella.

A su lado siempre aprendes algo...

Soraya Iglesias Sánchez



Ilustrado por Jakón Martínez Fernández

# Concha

Concha Pérez García  
(1950)

Concha Pérez, aunque no ha sido vecina de Pizarrales, se considera hija adoptiva del barrio desde finales de los años 70, cuando tomó contacto con el vecindario a través del colegio Mixto Pizarrales, al que asistía su hija.

Nuestra protagonista señala que descubrió un colegio «especial y bueno», con un marcado carácter «abierto, asambleario y progresista», en el que conoció a mujeres y hombres de Pizarrales con los que llegó a establecer vínculos de amistad y colaboración que marcaron su vida durante muchos años. Estas relaciones le abrieron las puertas a un mundo desconocido para ella, en el que primaban valores como el esfuerzo, la solidaridad y el voluntariado. Sus experiencias diarias con estos vecinos y vecinas convirtieron a nuestra invisible en una mujer activista y reivindicativa que batallaba como una vecina más por conseguir un barrio mejor.

Destacó por su participación en las numerosas actividades culturales que en aquellos años se llevaban a cabo en el barrio, mostrando un especial interés por las relacionadas con la lectura y el teatro. Defensora de la necesidad y el beneficio que la lectura podía ofrecer a los niños y las niñas del barrio, Concha colaboraba con el proyecto del Bus Cultural y con lo que en la actualidad podría ser un taller de animación a la lectura. A este taller, que se impartía en la Iglesia Vieja de Pizarrales, acudían numerosos niños y niñas para intercambiar libros y realizar actividades relacionadas con la lectura. Recuerda con especial emoción y cariño su participación en el Taller Artístico y Cultural de Pizarrales, en el grupo de teatro Valhondo con el que representaron obras como «La rosa de papel» y «La boda de los pequeños burgueses». Además de obtener mucho éxito entre el público y ganar un certamen de teatro provincial, estas representaciones lograron fomentar un sentido de comunidad y mostrar que en Pizarrales se intentaba transformar el barrio mediante la cultura. También formó parte tanto del Colectivo Valhondo, como de la Asociación de Mujeres Luna de Abril.

Pizarrales ayudó a Concha a crecer como persona y Concha contribuyó en la lucha por conseguir que Pizarrales fuera un barrio activo, crítico, cultural e inclusivo.

Lourdes Moro Gutiérrez  
María Adoración Martínez Aranda



Ilustrado por Celia Prados Gómez

# Elvira

Elvira Molina Castro  
(1953)

Déjame que te cuente la historia de Elvira Molina Castro, una de nuestras mujeres invisibles.

Figura representativa de la mujer gitana en el barrio, fuerte y luchadora, a quien su nieta describe como muy guapa y presumida. Le gustaba arreglarse y peinarse con moños muy bonitos: «vital, muy energética, siempre está haciendo cosas, muy generosa, siempre está cuando alguien necesita algo».

Elvira nos ha contado su historia, su vida, y nos ha acompañado para conocer las historias de otras mujeres invisibles del barrio con quienes compartió camino y vida. Una vida, la suya, que no fue fácil, aunque siempre supo adaptarse a los cambios, duros al principio, con muchas lágrimas en el inicio de su vida en Pizarrales.

Nació en Madrid en 1953 y llegó a Pizarrales para una «pedida», y así, sin esperarlo, se encontró con la suya, su propia «pedida». Su marido, a quien conoció en esa celebración, la eligió para ser su compañera de vida. Pidió su mano, y se casaron por el rito gitano, como no podía ser de otra manera. Más tarde, tras mucho empeño, consiguieron casarse por la iglesia después de hablar con distintos representantes eclesiásticos, ya que ella era menor y necesitaba el permiso de sus padres. Al final, el propio obispo autorizó el casamiento.

Tenía tan solo dieciséis años cuando partió de Madrid para no regresar. Allí dejó su trabajo, su familia y la comodidad de vivir en un piso que, según nos dice Elvira, «tenía servicio, podíamos ducharnos, con tres habitaciones, no es que fuera un palacio, pero tenía todas las comodidades». Fue madre con diecisiete años, y después llegaron otros cinco hijos más. Elvira poco a poco se fue adaptando e incorporando a la vida de Pizarrales, siempre con el apoyo de su marido, «una persona buena que siempre me apoyó en todo», junto a la buena relación con la familia de él. Madre muy orgullosa de sus seis hijos, diecisiete nietos y diez bisnietos, se dedicó al cuidado del hogar y a ayudar en la venta ambulante a su marido, vendiendo productos a las vecinas del barrio.

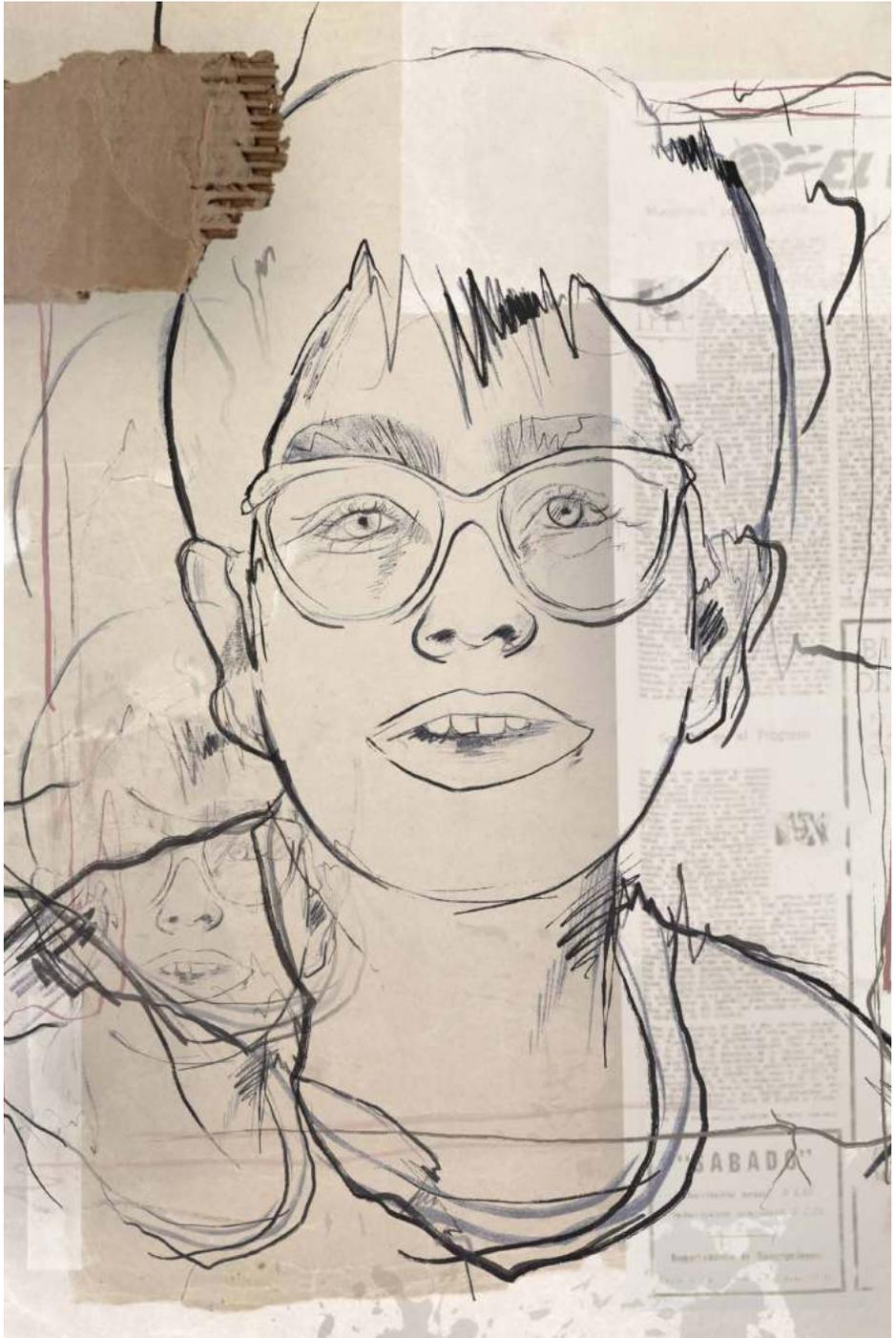
Del barrio destaca «las buenas relaciones que tenía con todos los vecinos», resaltando la ayuda que se prestaban entre las vecinas, quienes compartían tanto la comida como el cuidado de los hijos. «Allí éramos todos, todos... no era ni el gitano ni el payo... no había diferencias sociales en el barrio, éramos todos vecinos». Considera que los cambios en el barrio han sido negativos en este aspecto, principalmente porque las relaciones vecinales ya no son como antes: «Entre las personas gitanas antes había un respeto que ahora no hay».

Elvira siempre ha tenido gran inquietud por la educación, por aprender. Esa inquietud la llevó a apoyar a sus hijos e hijas para que asistieran al colegio, para que sacaran el graduado escolar. Más tarde, ella misma también se sintió impulsada a asistir a diferentes cursos que se impartían en la parroquia, así ahora «se defiende» para leer y escribir. Por eso, su emoción fue enorme cuando su nieta le contó que quería ser abogada: «¡Una abogada en la familia!».

Elvira sigue caminando por las calles de Pizarrales, guapa, respetada.

María José Martín Nuevo





Ilustrado por Sandra Freire Pajuelo

# Rosina

Rosa María Sánchez Luengo  
(1961-2021)

La vida de esta invisible en cuestión comenzó y transcurrió en el barrio de Pizarrales. Es una ardua tarea resumir su labor e implicación por el barrio. Desde pequeña Rosina ya era conocida por ser la hija del joyero, pero poco a poco fue ganándose un reconocimiento propio como maestra en el Mixto Pizarrales y como voluntaria en diferentes colectivos y asociaciones. Una de las experiencias más importantes en las que participó en Pizarrales fue el Taller Artístico y Cultural, donde colaboró facilitando el préstamo de libros, realizando cuentacuentos y fomentando la animación a la lectura para los más pequeños.

Se involucró con los jóvenes en el taller de naturaleza y jardinería, realizó charlas, acampadas, revistas y murales. Junto con los vecinos y las vecinas, trabajó para crear y mantener los jardines que perduran todavía en nuestro barrio. Además, fue cofundadora del AMPA La Pizarra en la guardería y participó como cuidadora en el comedor social del barrio para niños de hasta catorce años.

Durante la transición, Rosina y su marido formaron una familia en la calle Marineros y participaron activamente en el desarrollo del barrio Pizarrales. La labor de nuestra invisible fue muy innovadora: participó en una serie de talleres sociales y culturales, entre los que se encontraban los de modelado, vaciado, alfarería, encuadernación artística y teatro.

Otra de sus experiencias más importantes fue la colaboración en el Colectivo Valhondo, destacando la puesta en escena de las obras de teatro «La rosa de papel» y «La boda de los pequeños burgueses». Algo que recordará la mayoría de la gente del barrio es a Rosina junto a «El carrito cultural». ¿Para qué servía ese curioso carrito? Pues bien, por aquella época, el bus cultural solo iba a determinadas zonas; por eso, los miembros del Colectivo Valhondo llevaban «El carrito cultural» lleno de libros, papeles y pinturas a las zonas donde no llegaba el mencionado bus. Con su ímpetu e ilusión, contagió a mayores, jóvenes y niñas y niños en esta altruista tarea.

Persona alegre, amiga de sus amigos, Rosina era una mujer que destacaba por su dedicación, tesón, espíritu combativo y solidario. Luchó incansablemente contra su enfermedad, demostrando su fortaleza, y reivindicó el derecho a morir dignamente. Esta invisible fue una de esas personas que merece la pena conocer y sin la cual no tendríamos el barrio en el que vivimos ahora.

Pilar Vicente Bustos





Olga Calvo García  
(1970)

Hubo una vez una niña llamada Olga Calvo García que nació en la calle Salmerón del barrio de Pizarrales y creció en el seno de una familia trabajadora junto a tres hermanos. En verano, cuando las vecinas se sentaban al fresco, vivía su infancia entre juegos de pañoletas, el potro y el escondite en las calles del vecindario.

Estudió en el colegio público Nicolás Rodríguez Aniceto, una niña inquieta, con mucha energía sensible, obsesiva y tenaz en el logro de sus metas. Allí, algunos maestros y maestras, marcados por las actitudes machistas de la época, decidían no dedicar tiempo ni conocimientos a las niñas del barrio porque consideraban que sus destinos estaban predestinados a tareas de limpieza por provenir de familias obreras. Sin embargo, otras maestras se empeñaban en posibilitar destinos mayores y para ello trabajaban, y alguna reconoció en Olga capacidades excepcionales.

Olga mantuvo su empeño y tenacidad en el trabajo y en el estudio con la mirada curiosa puesta en la ciencia desde una tarde de cine en la que junto con su padre y hermanos, en la previa a una película de superhéroes, descubrió la enfermedad de los niños burbuja y escuchó por primera vez la palabra “genética”. La biología se constituyó desde entonces en su obsesión. Estudió y se especializó en biología molecular y genética con el apoyo incondicional de sus padres.

Despejó sus dudas en los laboratorios, y llegaron el doctorado y después el posdoctorado en el extranjero: allí desarrolló su carrera científica, yendo de una pasantía en Washington a una estancia de varios años en Nueva York, en la Universidad de Columbia. Nueva York la cuenta como testigo del atentado de las Torres Gemelas con mezcla de susto, asombro, cosmopolitismo y variedad ante la incertidumbre de un escenario distópico. Esa experiencia vital le permitió, mientras contemplaba el humo del atentado del 11-S desde la azotea de la Universidad de Columbia, comparar y diferenciar una Europa distinta ante las personas. Con ello, vinieron las ansias del regreso a España. Así, pasó por el Centro de Regulación Genómica de Barcelona y el retorno a Nueva York hasta que el prestigioso Programa Ramón y Cajal para jóvenes investigadores e investigadoras facilitó su retorno.

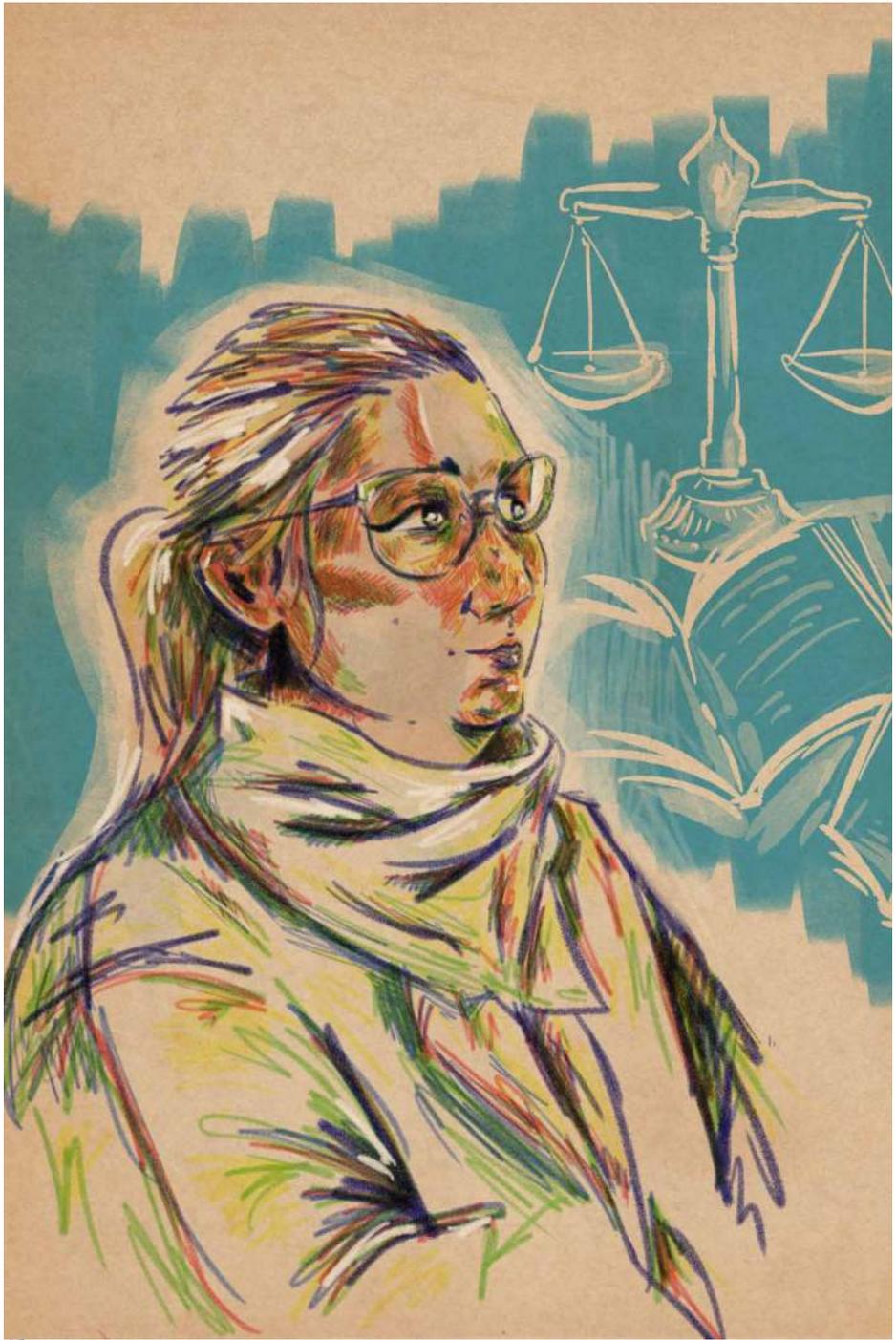
Con el tiempo, obtuvo una plaza de científica en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en Salamanca y pudo establecer su propio equipo de investigación.

Olga Calvo García es una científica de grandes logros, con emoción y orgullo fue elegida por sus colegas como directora del Instituto de Biología Funcional y Genómica, un centro mixto del CSIC y la Universidad de Salamanca. Aprendió que la carrera científica es muy sacrificada y que la familia es una empresa difícil de coordinar, pero no imposible, aunque para una mujer las exigencias son mayores.

Hoy en día, las niñas rompen más barreras como aquella Olga que, del juego de pañoletas en las tardes de verano, entró al cine con su padre, cogió la capa de un superhéroe y llegó a la ciudad de los rascacielos. Sobrevoló por horas de sacrificio, estudio y dedicación en laboratorios internacionales, haciendo ciencia y generando conocimientos, hasta posarse en Salamanca, en la dirección del Instituto de Biología Funcional y Genómica, liderando uno de los Centros de Investigación de excelencia de Castilla y León.

Las vecinas





Ilustrado por Adrián Redondo Rebé

# Rosario

Rosario Bermúdez Iglesias  
(1994)

En los rincones tranquilos de Pizarrales, donde las voces se mezclan con el aroma de la historia, se encuentra la vida de Rosario Bermúdez Iglesias, una mujer que desafió las expectativas desde el principio.

Rosario, nacida y criada en Pizarrales, encontró en su barrio más que un lugar para crecer: fue su hogar, su escuela y su comunidad. Aunque vivió brevemente en El Encinar durante su infancia, su corazón siempre perteneció a las calles familiares de Pizarrales, donde cada esquina guardaba recuerdos de su abuela y cada callejón susurraba historias de resistencia.

Como la primera mujer gitana de Pizarrales en graduarse en Derecho, Rosario enfrentó desafíos que iban más allá de los libros y las aulas. Sin embargo, su determinación, el apoyo de su familia y la dignidad y la fuerza del barrio, la llevaron a alcanzar sus metas.

Y es que, para Rosario, Pizarrales no es sólo un lugar en el mapa, es un alma vibrante de historias entrelazadas. Desde los recuerdos de los picos y las palas abriendo paso al agua hasta los patios llenos de vida, cada rincón de su barrio lleva impreso el sello de la lucha y la perseverancia.

Hoy en día, trabaja en el Secretariado Gitano, dedicando su tiempo a visibilizar y desestigmatizar su barrio y su comunidad. Aunque ha logrado mucho, Rosario sabe que su historia no es única. Reconoce que muchas mujeres gitanas como ella luchan por ser reconocidas en un mundo que a menudo las ignora.

En este punto de su vida, Rosario reflexiona y valora enormemente el esfuerzo de mujeres como su madre, quienes allanaron su sendero para que pudiera forjar una vida más alineada con sus sueños. Reconoce que, en gran medida, su madre y otras mujeres como ella despejaron los obstáculos que se interponían en su camino. Según Rosario, este apoyo le permitió vislumbrar un horizonte que hasta entonces le había pasado desapercibido.

Su vida ha sido, y sigue siendo, un continuo compartir su historia, en cada palabra, en cada gesto. No sólo como un ejemplo de superación, sino como un recordatorio de que es en los lugares más humildes donde se encuentran las historias que merecen la pena ser contadas.

Daniel Lluch Gómez





**Si quieres compartirnos tu relato, nos lo puedes enviar a:  
[invisiblespizarrales@gmail.com](mailto:invisiblespizarrales@gmail.com)**

# ESCRIBE LA HISTORIA DE TU PROPIA MUJER (IN)VISIBLE

A large, empty rectangular box defined by a dashed line, intended for writing the story of one's own (in)visible woman.

# Testimonios

Todos los fragmentos que a continuación se presentan han sido transcritos de las entrevistas realizadas en este proyecto:

“Parece que cuando se habla de la mujer, de la incorporación de la mujer al mundo del trabajo, parece que es algo que ha pasado ayer, ¿no?. Las mujeres en mi barrio siempre trabajaron, pero siempre y muchas veces más que los hombres. Yo bajaba en el año setenta a trabajar. Y a las nueve de la mañana el bus iba lleno de mujeres que iban a servir, iban a limpiar suelos, iban a trabajar en algún bar, en la cocina. Y luego, cuando tenían descanso, seguían trabajando. Estaban escuchando la radio por la noche al fresco, como se decía, o por la tarde las novelas que había en la radio y estaban haciendo juntos, cosiendo calcetines. O sea, constantemente estaban trabajando”

“Estaban todos pendientes unos de otros, había familias que no comían porque no tenían para comer, entonces los que tenían más les decían mira tengo un puchero tan grande que no sé qué hacer con esto y les daba la comida. Hasta hace muy poco tiempo los vecinos estaban pendientes unos de otros y muchas veces te llamaban para decirte que a alguien le faltaba algo o estaba solo, un sentido de barrio y familia muy bonito, esta es la historia del barrio, era muy bonito”

“Las mujeres, sobre todo, han sido compañeras unas con otras [...] yo creo que sí ha habido magnetismo entre unas y otras, de criar los hijos juntas y de eso de sacar el taburete pequeño y ponerse a coser mientras los niños jugaban en el barrio”

“Se ha pasado mucho, anda que no he ido veces a buscar agua con el cántaro ahí, donde está el Rodríguez Aniceto [...] y mientras tanto saltábamos, como había tanta cola, dejábamos el cántaro, y nos poníamos a saltar al cordel, claro, pues es que éramos niñas, o sea. Y a lavar al río he ido mucho con mi madre, llevaba el cacharro aquí arriba en la cabeza. Y nos bañaba allí en el río, nos dejaba con una toalla tapadas a mi hermana y a mí, y en lo que se nos secaba la ropa nos la volvía a poner, y veníamos bañadas, con la ropa limpia y la totalidad. Menuda, pero menuda vida la antes”

“Éramos una familia, nos ayudábamos todos, si yo tenía dos y tú no tenías nada, todos teníamos uno; si yo había salido esta mañana sin desayunar porque en mi casa no había nada y pasaba por la tuya, tú me dabas el desayuno. Ahora no [...] antes éramos una familia, nos ayudábamos en todo, nos apoyábamos en todo, compartíamos las alegrías y las penas... y ahora no [...] antes todas las puertas estaban abiertas, por la noche me acuerdo cuando salíamos a las tantas de la noche a jugar, a sentarnos en la calle [...] era muy bonito, era muy bonita la vida de antes, las meriendas que se hacían en la calle que salías, cada uno sacaba una cosa, sacabas las mesas en verano, todo se compartía”

“Yo siempre veo a las mujeres del barrio como mujeres muy trabajadoras. Si vas por la calle lo que ves son mujeres. [...] el movimiento que hay por las calles son las mujeres del barrio, con la compra, pa'aca, pa'allá, a trabajar”

“Por el barrio hemos hecho mucho, hemos pedido mucho y todas las mujeres, no yo sola, eh, muchas mujeres hemos ido a pedir agua y a que nos dieran agua y hasta que nos pusieron los pilones”

“Los vecinos nos llevábamos bien, entrábamos en las casas, la otra vecina entraba en una casa o cuando se ponía uno malo íbamos todos a ver qué pasaba. Y bueno, pues, es que ahora no puedes entrar en ningún lado porque es que ni te dicen si quiera que están mal o lo ocultan, ocultan las cosas, y cuando te vienes a enterar, ¡ah, pues no, ya está puesta mala y hasta ingresada! Entonces no, se suponía que íbamos todos a ver qué pasaba, o a ver con las familias, que éramos grandes familias y así”

“Entonces el modo de información y estar un poco fuera era la radio. En las primeras radios en el barrio, yo recuerdo perfectamente escucharla y que hubiera un montón de mujeres en la ventana escuchando la novela de la radio y los seriales ¿no?. Era la ventana que tenían al mundo [...] recuerdo una cosa, que se ponían a escuchar todas los discos solicitados y yo recuerdo a las mujeres de mi barrio con toda su pobreza y toda su miseria cantando a pleno pulmón, cuando trabajaban en la casa cantaban todas siempre y cantaban mucho y muy bien, cosa que jamás he vuelto a ver”

“En este barrio fundamentalmente han funcionado las mujeres. Todo esto es de mujeres, todo lo hemos vivido por mujeres”

“Por el día estaban las puertas abiertas todo el día, por ejemplo, mi madre decía: vete donde la señora Rosa y entonces ibas y no tenías que llamar al timbre, entrabas”

“Y si nos hacía falta de un poco de sal, un poco de aceite, un huevo o lo que fuera íbamos a buscarlo [en casa de una vecina] y lo cogíamos todo, todavía tienen llaves vecinos míos [...] Si hace falta una cosa, entrábamos a buscarla”

“Entonces, se sentaba la gente al sol en la puerta ¿no? Y allí, pues se peinaba a los niños, se cosía, se chismorreaba, lo que hiciera falta”

“Ya no salimos, ya no nos sentábamos, pues nos sentábamos todos los vecinos, que antes salíamos al fresco, nos sentábamos y allí estábamos a la una, o la una y pico, ahora no sale nadie a la calle”.

“Hubo una época, con Ayuntamientos franquistas, que había un gran movimiento vecinal en este barrio y que tuvieron mucha fuerza para hacer cosas por este barrio. Antes éramos muchos y muy implicados por el barrio. [...]. Nos conocíamos todos [...] Luego, después, se les dejó de dar importancia, pero hay gente muy activa y que se implica por el bien del barrio. La participación ciudadana es muy importante, pero la participación de verdad, no de boquilla.”

“Una de las grandes reivindicaciones que han hecho las mujeres en Pizarrales es quitarnos el estigma tan negativo que ha tenido la ciudad con relación a Pizarrales, simplemente por ser humildes”

“Mira, una de las cosas que a mí me parece importante, es tener conciencia de dónde vienes. Saber quiénes son los tuyos. Luchar por lo nuestro y por los nuestros. Pizarrales [es] mi casa, mi vida, mi gente, mis amigos. Lo que pediría a la gente es que sepan de dónde vienen y por qué hay que luchar”

“¿Por qué unos barrios sí y otros no?”

# Agradecimientos

Esta obra es el resultado de la colaboración y el esfuerzo conjunto de muchas voces y manos trabajando juntas. Agradecemos a quienes de múltiples maneras colaboraron para que esta iniciativa saliera adelante. Sin el trabajo generoso y comprometido de todas y todos, este proyecto no habría sido posible.

Vecinas/os: Alba Martín Cerezo, Ales de Arriba, Auxi Gómez Mateos, Elvira Molina Castro, Helena Sánchez Gómez, Isi Herrero Labrador, Jesús Bolao, Julia Mateos Navarro, Lorena Iglesias Pérez, María del Carmen Herrera, María González Rincón, María José Recio Iglesias, Marisol Zarzoso García, Mercedes Iglesias Sánchez, Miguel Borrego Bermejo, Olinda Castalia Benavides Avendaño, Pepi García Sánchez, Pilar Gómez Mateos, Pilar Vicente Bustos, Pilar Sánchez de Dios, Roxana Sánchez Seijas, Sheila García Cívicos, Soraya Iglesias Sánchez, Vanesa Vega Muriel.

Personas entrevistadas: Arancha Bermúdez Barriga, Ascensión Gómez, Cándida García Pérez, Carmen García Rosado, Consuelo Roca, Francisco Maide Merino, José Antonio Sánchez, Juan Manuel Bermúdez Bermúdez, María Concepción Pérez García, María Juana del Pilar Navas, María Inmaculada Bustos, María Rosa Corredera Vicente, Mamen Pérez, María del Carmen Casas Sánchez, Marina Martín Álvarez, Mercedes Nieto, Miguel Ángel Casas Sánchez, Paula Corredera Vicente, Rosa Amor Sánchez.

Equipo Técnico: Daniel Lluch Gómez (Fundación Plan B Educación Social), Elíizabeth Manjarrés Ramos (Universidad de Salamanca), Juan Sebastián González Rodríguez (Universidad de Salamanca), Lourdes Moro Gutiérrez (Universidad de Salamanca), Margarita Savchenkova, María Adoración Martínez Aranda (Universidad de Salamanca), María Jesús Pena Castro (Universidad de Salamanca), María José Martín Nuevo (ASPRODES), Vanessa Gallardo Fernández (Universidad de Salamanca).

Alumnas/os: Alejandra Rubio Tejada, Alex Rodríguez García, Angy Arboleda Botero, Beatriz González Fernández, Berta Pascual Gómez, Carla Redondo Casas, Darío Delgado Arráez, Isabel Ramos Sánchez, Lucía González Cox, Mercedes Villar Hernández, Milena Evelin Winkler, Miriam San Matías Vicente, Nazaret Molina Rey, Pablo García Barbero.

Este libro se terminó de editar en la mesa de la biblioteca popular de  
Pizarrales, en Salamanca, en el mes de abril de 2024,  
entre un barullo de risas, discusiones  
y gominolas.







